

La Esfera



Año I * Núm. 31

Precio: 50 cénts.



RETRATO, por Leandro Oroz

Por Dios, no
se le olvide
colocar el
PETRÓLEO
GAL,



A. Ehrmann.

los Polvos **VICTORIA**
y el Jabón
HENO DE PRAVIA

Año I

1 de Agosto de 1914

Núm. 31

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



CAMARA

DIBUJO DE GAMONAL

IGNACIO ZULOAGA

Ilustre pintor, que acaba de triunfar una vez más en el Salón de París, de quien, por iniciativa de "Mundo Gráfico", van á solicitar los críticos de arte españoles que exponga sus obras en Madrid

DE LA VIDA QUE PASA LA EMPERATRIZ

TODAVÍA es una actualidad la emperatriz Eugenia. Há pocos días viajaba por Italia, y abrazó y besó, como amiga, á aquella dama en quien tenía puestos sus amores Luis Napoleón, cuando la presencia de la condesa de Teba los cambió de mujer. La dama italiana casóse después burguesamente en su patria, y ahora al cabo de los años, viuda y anciana, abraza á la rival que la privó de llamarse un día la emperatriz Laura de Francia.

¡Quién sabe si el destino del imperio francés hubiera sido otro! Toda una vida de dolores y de angustias para una desde el trono y desde el destierro, y de paz bienaventurada en su hogar, para la otra, ha pasado entre estas dos mujeres que ahora en el ocaso de su vida se han vuelto á ver y se han besado. A fin de cuentas, la envidiable puede ser Laura la italiana, mejor que Eugenia la española.

Esta Princesa vaga por el mundo como una sombra inquietante. Tiene algo de Hamlet y algo de Macbeth. Fantasma de dolor, sobreviviente único de desventuras épicas, es el espectro de una euménide que peregrina por el mundo condenada á vivir indefinidamente, agobiada por una vida de recuerdos.

Fantasma de mujer coronada de belleza, coronada luego de oro y de rubíes como gotas de sangre, y coronada después con espigas buidas, pasa por el mundo como un misterio trágico. A veces su tierra española la atrae con el conjuro de sus viejas memorias, y la condesa emperatriz vuelve á los lugares donde su nombre es ya un documento, y su bella figura de otro tiempo tiene ya el encanto de una pintura de Leonardo Alenza. Verla pasar taconeando con sus pies menudos dignos de haber pisado aquellas escaleritas azules que Musset soñó, es ver pasar ante nuestros ojos la España de Merimée y de Gautier. Una linda granadina madrileña, rosas del Darro florecido al lado del Manzanares, era la envidia de Compiegne. El abanico y la mantilla de una hermosa española estaban destinados por un hada graciosa y cruel, terriblemente femenina, á vengar los estragos de los cañones y las bayonetas del genio siniestro de Napoleón I.

¡Oh, imágenes de leyenda y de epopeya! ¡Oh, las tres emperatrices, princesas de encanto y de dolor! La rosa de España, la rosa de Baviera y la rosa de Bélgica. La emperatriz Eugenia, la emperatriz Isabel y la emperatriz Carlota. Eugenia y Carlota, vieron destruidos sus imperios terrenos. Isabel vió roto el imperio de su felicidad. Si alguna dicha verdadera tuvieron las tres, fué la amistad de los poetas. La emperatriz de Francia á Houssaye; la de Austria á Heine, y la de Méjico á Zorrilla.



La más feliz fué acaso la soberana Isabel. La solitaria de Corfú encontró en las márgenes del lago de Ginebra un puñal asesino que no se sabe si fué enemigo brutal ó amigo piadoso. Más desdichada es Carlota, prolongando su agonía sin fin en el parque de un castillo de ensueño, mientras su espíritu se pierde en las regiones dolorosas del negro reino de la diosa locura. Más desdichada es aun Eugenia, condenada á sobrevivir y á ver de lejos su propia historia y á ambular eternamente, como si una maldición la empujase y unos lobos ahitos de carne humana la siguiesen á todas partes como un solo remordimiento.

Ha pocos años la emperatriz Eugenia vino á España y estuvo en la villa de Loeches oyendo misa en el panteón de su familia. Próceres espectros acompañarían su rezo. El conde-duque de Olivares tendrfa sin duda desde el otro lado de la vida un saludo cordial para la egregia descendiente, que vió formarse un imperio para ella en el palacio del Eliseo y lo vió luego salir lanzado de las Tullerías á estrellarse en Sedan.

La emperatriz, recogida en la soledad del panteón, rezó por sus muertos. Y no rezaría sólo por el alma de su esposo y por el alma de su hijo, pobre é inocente víctima de ajenas culpas. Al rezar por sus muertos, la augusta dama dolorosa rezaría por sus soldados de Italia, sus soldados de Austria, sus soldados de Asia y sus soldados de América. Y si rezó por los que al fin y al cabo habían hecho florecer el laurel del imperio, sus rezos y sus lágrimas debieron ser más de dolor cuando los dedicara á los muertos del año terrible, á los muertos de Francia aniquilada, de aquella patria de adopción destrozada y maltrecha.

La condesa de Teba es rica. Su yate es un palacio flotante que la conduce cuando quiere apartarse de sus magníficas residencias de la tierra. Cuando navega por el silencio de los mares, como cuando llora recoleta en la penumbra de su capilla ancestral, todos esos tremendos recuerdos la acompañan, y ahogan en ella el placer de la existencia con la amargura de vivir.

Sombra que tiene algo de Hamlet y algo de Macbeth. Isabel y Carlota fueron víctimas sólo. Esta otra lleva consigo el maleficio de un sino doloroso y amargo. Un misterio negro la envuelve y acompaña como un conjuro. Y su desventura es mucho mayor que la de aquellas princesas de infortunio. Arrastra por el mundo una soledad sin fin, y pasa sombría y silenciosa con el silencio abrumador de las tumbas y de los campos yermos.

PEDRO DE RÉPIDE

LA ESFERA
LA CATEDRAL DE SANTIAGO



FACHADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE SANTIAGO, UNO DE LOS MONUMENTOS RELIGIOSOS MÁS IMPORTANTE DE ESPAÑA
FOT. LACOSTE

ESPAÑA MONUMENTAL Y ARTÍSTICA

SANTIAGO DE GALICIA



Detalles de los pilares del pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago

Es esta Catedral famosa de Santiago de Compostela, maravilla de los ojos y asombro del espíritu, empuñecido por las gigantes proezas de la fe cristiana.

Vive en sus ámbitos medrosos y callados como un misterio, toda la historia de muchos siglos; son sus piedras talladas y pulidas por las manos del hombre, demostración patente del mágico poder de la voluntad y de la inteligencia, soplo divino que prestó a los mortales la bella facultad de crear; son sus estatuas, sus columnas, sus capiteles, sus puertas admirables y sus arcos atrevidos y gallardos, como un himno fervoroso entonado al arte inmortal que se eleva armónico y perenne hasta el alto azul de los cielos por las agujas de sus remates y las elevadas cruces de sus cúpulas ojivales.

Cuerpos de reyes y de nobles reposan del suplicio de la vida en las piedras tumulares. Sobre ellas el mago cincel del genio dibujó, mordiendo en el bloque, la actitud yacente. El sueño secular cerró los pesados párpados y el santo temor de Dios cruzó las manos marmóreas sobre el pecho, en una perdurable imploración de piedad. Frente a estos silenciosos sepulcros de los grandes de la tierra, se evoca la historia, se mira al pasado. Ante los ojos del recuerdo pasan días trágicos de guerras sangrientas que encendió la ambición y atizó la envidia, el encono, el ansia egoísta de poder y de



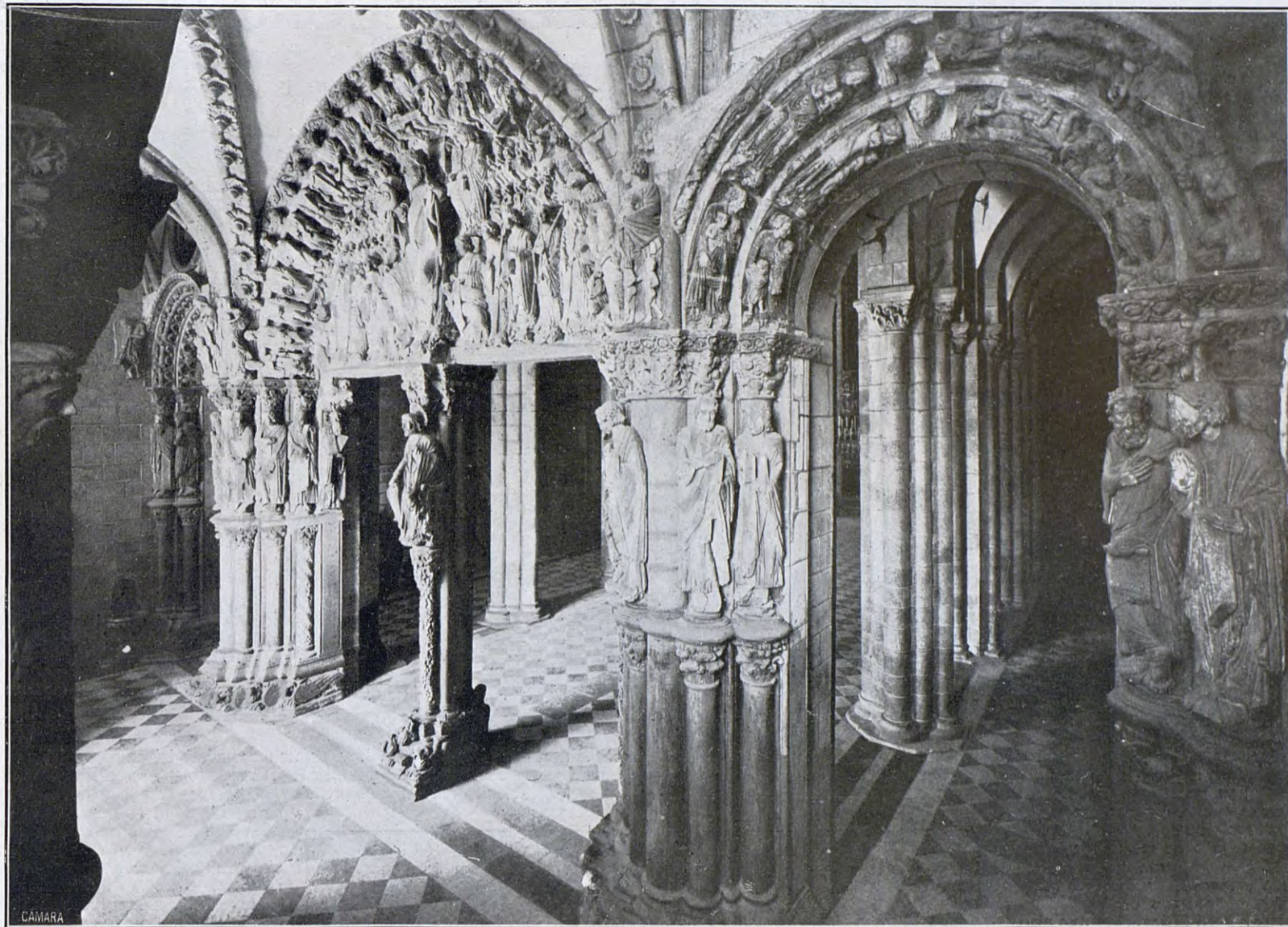
Grupo de esculturas del arco central del pórtico de la Gloria

FOTS. LACOSTE

supremacía; pasan días claros, felices y alegres, días de grandes fiestas pantagruélicas y rasgos piadosos de caridad y de amor al prójimo, más practicados por ostentación que por sentimiento; pasan días tristes de anulación y de muerte en los que un último estertor destruyó las gerarquías y borró la bárbara delimitación de las castas. La miseria y la grandeza riñeron batalla, con triunfo de la primera, en estos suntuosos sepulcros de piedra que nos estremecen siempre y nos hacen sentir un escalofrío de superstición, cuando el sol, viajero incansable, que diariamente alumbra a las almas el negro camino de la eternidad, pasa por los anchos ventanales y besa un momento las duras frentes de granito.

También duermen su justo sueño en este sagrado recinto los cuerpos incorruptos de 24 santos, además de los de Santiago y sus discípulos que descansan en la capilla subterránea.

Los nichos de los primeros están colocados en los intercolumnios de la Puerta Santa, cuyas hojas misteriosas sólo abre, con temblor y respeto, la mano sagrada del Pontífice los años de jubileo, en los que, desde la alta Torre del Reloj, vibra la campana grave y severamente, estremeciendo los viejos cimientos y haciendo chillar, erizados de espanto, a los pájaros abandonados en el grato calor de los nidos...



Vista general del pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago

La prodigiosa obra arquitectónica de la Catedral santiaguesa ocupa un área de 8.500 metros cuadrados, tiene interiormente la figura de una cruz latina, y en su construcción se ocuparon entre otros artistas de la antigüedad D. Diego Gelmírez, D. Fernando de Casas y Noboa, don Rodrigo del Padrón, y más modernamente, don Domingo Antonio Luis Montenegro.

Dan acceso al interior del edificio espléndido cuatro puertas de un incalculable valor artístico: la de las Platerías, la ya citada Puerta Santa en la fachada del Reloj, cuya torre de 80 metros de altura sostiene la enorme campana que se hace oír á diez y doce kilómetros de Santiago; la de la Azabacheña, preciosa portada que mide 17 metros de ancho por 20 de alto, dividida en tres

cuerpos que corresponden respectivamente á los órdenes dórico, jónico y atlántico, y la famosísima y verdaderamente asombrosa de la Gloria, obra inmortal del maestro Matheo, que avalora la fachada conocida con el nombre del Obradoiro y sirve de entrada principal al templo. Los muros de ésta guardan grandes riquezas, valiosos ornamentos y pinturas de un valor inestimable.



San Lucas, escultura de la iglesia de San Martín

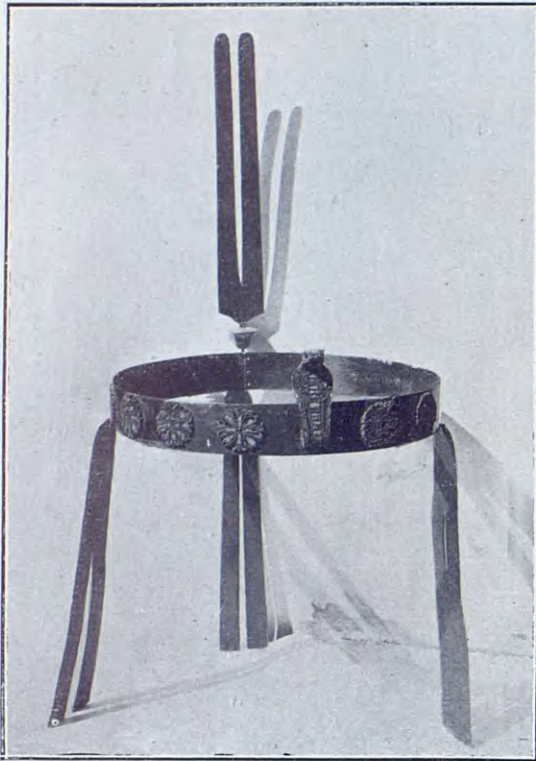


Columna de la Catedral de Santiago FOTS. LACOSTE

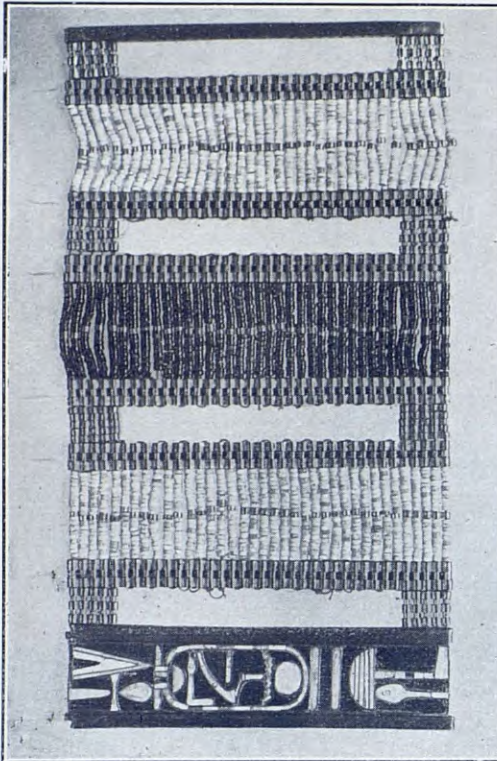


San Mateo, escultura de la iglesia de San Martín

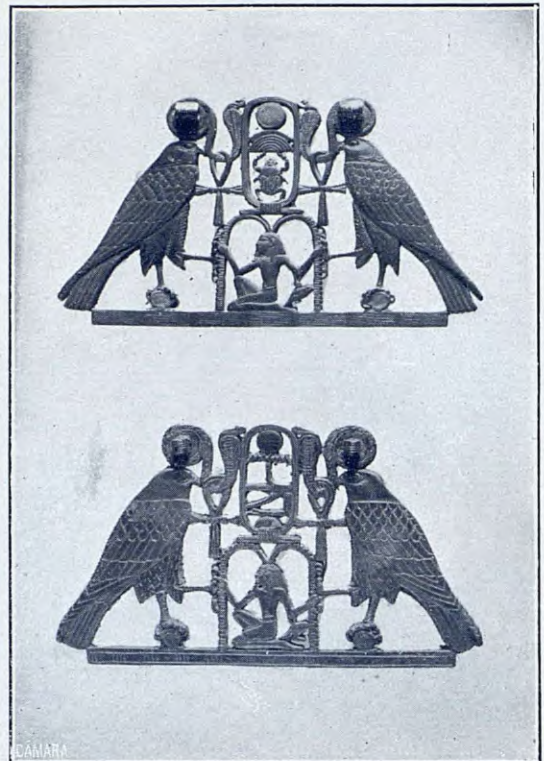
DESCUBRIMIENTO DE UN RICO TESORO EGIPCIO



Diadema de oro descubierta en la cámara funeraria de una princesa



Brazalete de oro, cornalina y turquesa de la época de Amenemhat III



Pectorales de oro cincelado de la época de Senusert II y Amenemhat III

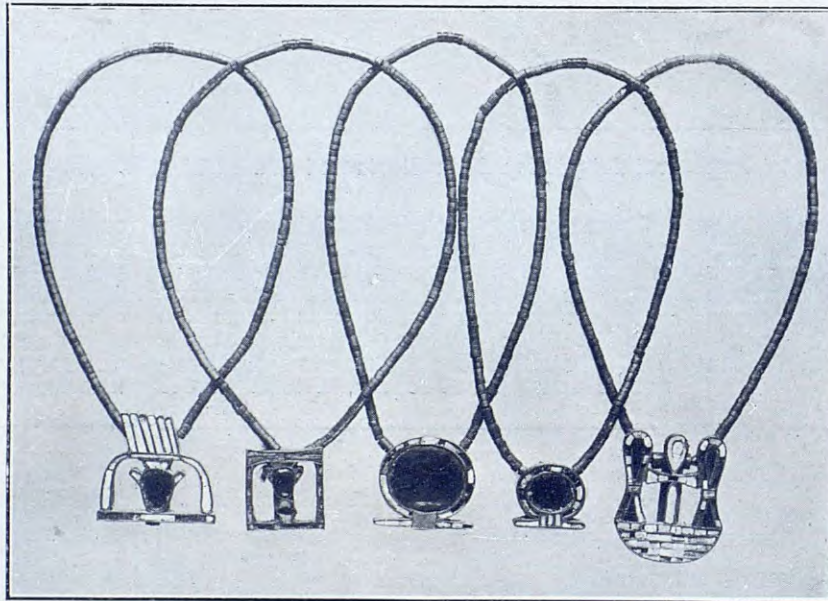
RECIENTES investigaciones arqueológicas hechas por una comisión científica inglesa, bajo la inteligente guía del Profesor Flinders Petrie, han puesto al descubierto un rico tesoro, quizá el más importante de cuantos entregaron hasta ahora los hipogeos egipcios.

El tesoro de referencia fué hallado en la cámara funeraria de una princesa, en la pirámide del Fayum, á unos cien kilómetros al Sur de El Cairo. Hay una historia interesante en este sensacional descubrimiento. Desde los remotos tiempos de Amenemhat III, de la décima dinastía, que reinó en los países del Nilo diez y nueve siglos antes de la Era Cristiana, la pirámide de Senusert II había sufrido innumerables ataques de los hombres. Llevados estos por la codicia, rebuscaron mil veces las cámaras sepulcrales de la pirámide, profanando las tumbas y arrancando á las carcomidas momias las joyas con que engalanara á los cadáveres la piedad de sus deudos. Este hipogeo había entregado ya al parecer todas sus riquezas. Las tumbas reales no guardaban ni aun huellas de las cenizas que encerraron.

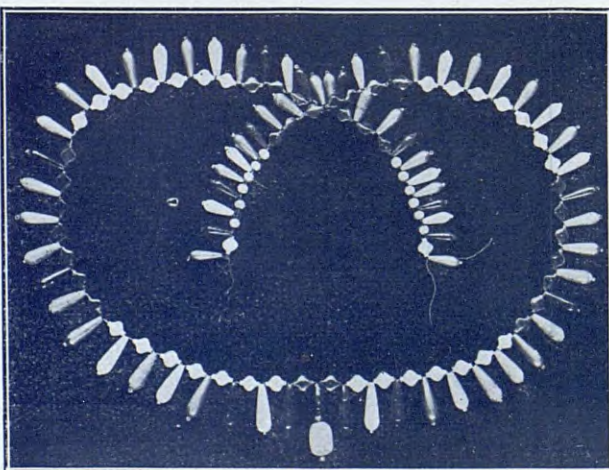
Pero á escasa distancia de uno de los sarcófagos semidestruidos, perteneciente á cierta princesa de

la casa real de Amenemhat III, y en una oquedad del muro cubierta por espesa capa de musgo, el instinto del Profesor Flinders adivinó el precioso hallazgo. Haciendo limpiar de aquellas vegetaciones el ladrillo de la cripta,

apareció ante los maravillados ojos de los exploradores enorme montón de joyas en confusa mezcla con sedimentos fangosos allí acarreados por las inundaciones. Los arqueólogos ingleses admiten la hipótesis de que los profanadores de la tumba debieron ser sorprendidos en su latrocinio por algún desbordamiento del Nilo. Azorados por la imprevista catástrofe, que ellos juzgarían castigo de los dioses, esconderían su preciosa carga en la oquedad del muro, prometiéndose volver por el botín cuando el peligro hubiese pasado. Osiris debió realizar su venganza. Ahogados los sacrilegos entre las limosas aguas del río sagrado, allí en el fondo de la cámara funeraria quedaron olvidadas durante un par de millares de años las remotas reliquias, cubriéndolas el tiempo piadosamente de una capa de tierra y de musgo. Las joyas, limpias y desembarazadas de cuerpos extraños, acusan una avanzada fase de civilización y un progreso realmente admirable en el arte del orfebre.



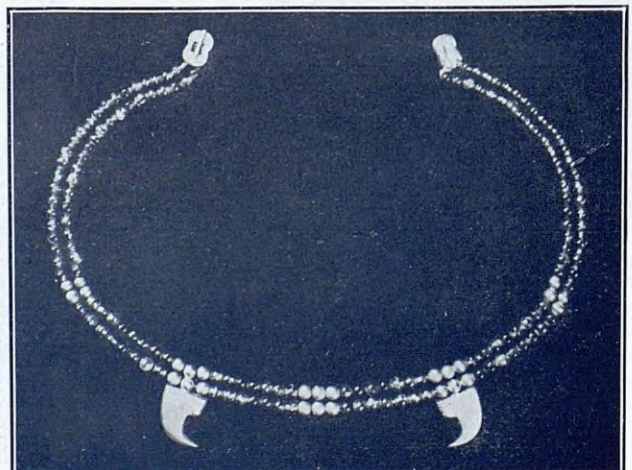
Amuletos de oro en collares del mismo metal



Collar compuesto de colgantes de oro, topacio y cornalina



Espejo de oro con busto de Hathor



Collar de amatista con adornos de oro figurando garras de león



ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS EL PINTOR LEANDRO OROZ



HACE ocho ó diez años asistía asiduamente á la tertulia artístico-literaria del Café Levante un muchacho alto, flaco, con los ojos muy saltones, la ropa muy raída y una perenne expresión de hambre, de sufrimiento en el rostro muy pálido.

Era en los tiempos que pudiéramos llamar «heroicos» de aquella famosa tertulia. Un grupo de artistas tronaba desde cuatro mesas de la derecha. Los buenos burgueses que acudían á solazarse durante la digestión oyendo música «clásica», les miraban estupefactos los primeros días, temerosos después, y acabaron por acostumbrarse á sus afirmaciones estupendas, á sus disputas ruidosas y sus ruidosos regocijos.

Nosotros que entendíamos la vida de otro modo y que poníamos á nuestra juventud horas frescas de amor, entrábamos algunas noches y nos sentábamos en una mesita contigua, levemente azorados de aquellos hombres, que con el tiempo serían célebres ó fracasados. Según.

Siempre nos interesó el hombre flaco de los ojos saltones, del traje raído y del gesto amargo, cruel, en los labios un poco gruesos. Hablaba este mozo de un modo extraño é inconfundible. Giraba las ahuevadas pupilas con miradas anarquistas en torno suyo. Y acaso fuera el más rebelde de todos, porque en su vida había más negrura y desamparo que en ninguna.

Este muchacho se llamaba Leandro Oroz. Hacía equilibrios con su bohemia, como un funámbulo que se viera obligado á atravesar débiles cañas, temblonas y crugidoras, sobre abismos enormes. También daba saltos de funámbulo, desde un café con media tostada cierto lunes, á otro café sin media tostada, del miércoles por

la noche, sin tropezar con ningún otro alimento.

Atravesó además de las dolorosas aventuras, otras pintorescas y regocijadas. Una de ellas fué cuando un radjah indio se enamoró de una bailarina andaluza del Central Kursal y se casó con ella, llevándose á la hermana, á la madre, á toda la familia... y á Oroz que, claro es, no pertenecía á la familia; pero que iba de secretario particular no se sabe si del radjah ó de la artista. Durante algún tiempo no se supo de él. Sus com-

pañeros le suponían cubierto de sedas y gemas, sobre un elefante blanco, cazando tigres; ó adormecido entre cojines oyendo recitar á una muchacha, morena y elástica, las estrofas evocadoramente grandiosas de los Rubayata de Omar Khayyan.

Pero un día reapareció en Madrid, tan flaco como siempre, quizás vestido con el mismo traje de las «noches heroicas». ¿Qué había pasado? Acaso celos del poderoso radjah; acaso lo que él dijo burlescamente:

—Chicos: Me aburría como una ostra. Echaba de menos los chocolates con picatostes, la *Patética*, tocada por Corvino, y la pipa de Ricardo Baroja...

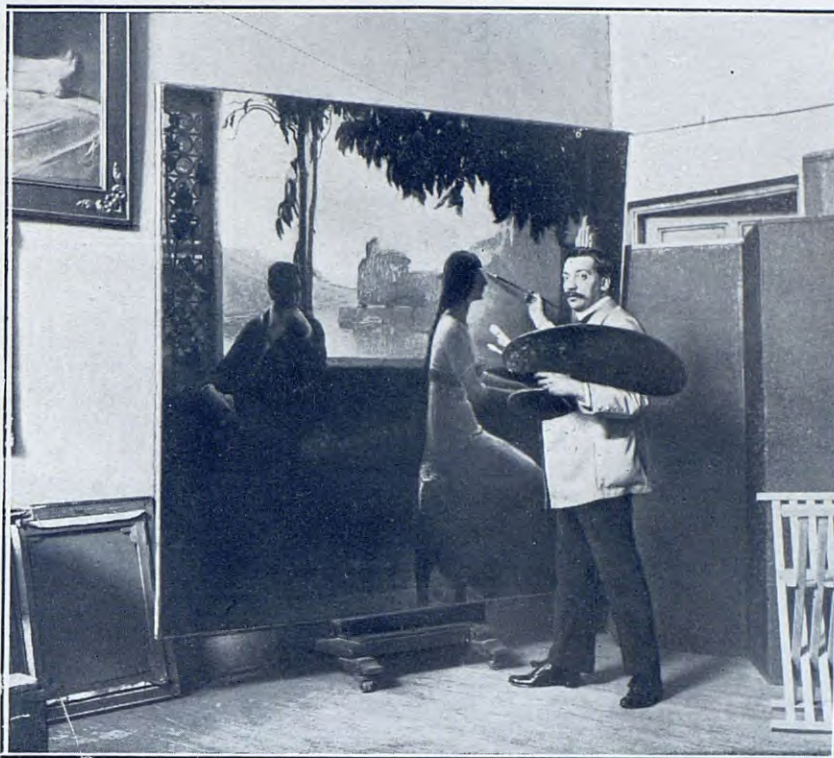
Todo esto tan simpático, tan juvenil y tan triste, está muy lejos. Leandro Oroz no se parece en nada—sino en su arte—al muchacho flaco y bohemio de entonces.

Obtuvo en la Exposición de 1906 una tercera medalla y así como diez años antes vino pensionado á Madrid desde Bilbao por un particular (D. Francisco de Prida) consiguió en 1909 la plaza de pensionado de grabador en Roma.

Leandro Oroz vuelve ahora de Roma. Han terminado los cuatro años de pensión. Su vida y su arte han hallado el necesario equilibrio.

De aquellos retratos al lápiz tan admirables, tan justos y precisos de carácter que le ayudaron á sostenerse en sus días de bohemia, hay la solidez de dibujo de sus actuales aguas fuertes. Leandro Oroz es uno de los primeros acuafortistas españoles. Puede contemplar sin inferioridad al maestro Ricardo Baroja.

Y los mismos elogios que hacemos de él como grabador podemos hacerlos como pintor de un estilo sobrio, donde revela una legítima confianza en sí mismo.—S. L.



El notable artista Leandro Oroz, en su estudio



Otoño romano

Aguafuerte de Oroz

LA ESFERA

LOS PINTORES CONTEMPORÁNEOS



MI MADRE Y HERMANA

por Leandro Oroz



LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



OBREROS TRABAJANDO EN LA CONSTRUCCIÓN DE UN PUENTE

Aguafuerte de Leandro Oroz

CRÓNICAS PARISIENSES

BAILARINAS

QUIEN sólo ha visto la titilante gracia de los bailables, aquella ligereza absurda de pies agudos, aquel girar de falena, aquellos saltos sobre un imaginario trampolín, no sabe, seguramente, cuántos años de contorsiones, de genuflexiones, de ensayos, necesita para llegar a ser esta mariposa carnal una «rata de ópera».

Una «rata» es una chiquilla de cinco, de siete años. No más, porque se requieren cuerpos apenas formados para prestarse fácilmente a las dislocaciones de la enseñanza. Y ésta es más severa que la del más grave colegio.

Ese inmenso edificio de la Ópera es sobre todo un liceo de bailarinas. Un año entero, para saber girar cual un derviche; otros años para mantenerse como los ibis, sobre un pie, conservando la cortésana sonrisa; otros para saber agitar los brazos; otros—los más difíciles—para aquellos trenzados aéreos cuando la bailarina arranca el vuelo con brazos tendidos y pies frenéticos.

Si puede abrir y cerrar tres veces por lo menos en el salto las agitadas piernas, es ya digna de figurar en un buen bailable. Los viejos abonados le sonríen. Comienza a recibir cartas y flores. Pero necesitará muchos años aún, cinco horas de ensayo cada día, un severo régimen de *jockey*, para llegar a la gracia fantasmal, dislocada, inquietante de una «primera bailarina» como Zambelli. Sólo entonces le publicarán su retrato en los ilustrados y empezará a asegurar por escrito en la cuarta plana de los periódicos y en los caríeles de los tranvías, que tal jabón y cual dentífrico son los mejores de París. Habrá triunfado.

Habrá triunfado relativamente. Porque ya no esperan a la pobre «rata» de la Ópera los éxitos insolentes que dejaron estela de escándalo amable y locura procaz en las comedias y las novelas. Cuando Balzac escribía y aun después, hasta la guerra, el verdadero *dandy* debía tener un palco en la Ópera, un alto *mail* para carreras e íntimas relaciones divulgadas con una *fille de l'Opera*. Ellas tienen en las novelas de la época los más locos y costosos caprichos. Eran el terror de las esposas y de las madres. Al bailar parecían ídolos porque en sus dedos brillaban mil exvotos paganos. Sus nombres estaban escritos con el diamante del anillo en los salones reservados del Café Inglés. Aún el gigante Balzac hablaba de ellas con fervor de colegial. Si la leyenda no miente, sabían, como ninguna contemporánea nuestra, beber de un trago una botella de champagne y arruinar a un banquero en quince días. Hay viejecitos en París, llenos de afeites, muy limpios, con pantalones de tablero de damas y flotantes corbatas moteadas, que os miran con infinita compasión porque no visteis aquellas zambas de café cuando a los pies de la que bailaba sobre la mesa, entre guirnaldas deshechas y botellas vacías, iban cayendo las sortijas y los billetes.

En la actualidad no hay nada de eso. Otras artistas, de comedia o de *music-hall*, usurparon aquel prestigio. Gaby Deslys es más conocida que Carlota Zambelli, y Regina Badet no tiene la fama de Polaire. Porque esto es lo más triste: han sido derrotadas por bailarinas empíricas que no padecieron una niñez de contorsiones y acrobacias. Tan larga preparación parece inútil hoy porque se busca en la danza más libertad, más espontaneidad. Los bailables—debemos



Una lección de tango argentino en la academia de Mme. Mariquita, en París

confesarlo—son encantadoramente artificiales, seductoramente geométricos, un triunfo del ingenio sobre la naturaleza, como una página de Voltaire o un jardín de Le Nôtre. Hay una estrecha correlación entre esa prosa de buen tono que nunca exhala una queja, ese jardín lleno de lirios y de sofás vegetales, en donde podan toda rama libre, ese contoneo reglamentario en que suprimen la actitud original y espontánea de la antigua danza.

En vano la señora Mariquita que tiene nombre español, ojos vivaces de francesa y cabellos de hada abuela, está queriendo transfigurar en la Ópera Cómica, el antiguo bailable en una danza moderna. Para *Afrodita* o para *La mujer y el pelele*, compuso figuras interesantes. Pero aquel paseo entre puñales, era todavía un convencionalismo de ópera y su cigarrera, como dicen en París, una española de Batignolles.

Dos nuevas influencias han venido a revolucionar de tal manera la danza, que ya se piensa seriamente en modernizar el *ballet* de la Ópera y algunos atribuyen al actual director—¡no sin una huelga preliminar de abonados viejos!—la intención de suprimir, ¡oh Balzac!, el clásico y vaporoso tonelete. Lo que se debe únicamente a Isadora Duncan y a los bailarines rusos. Estos últimos mostraron—¡en qué decorados de incendio harém o de lunática estepa!—una gracia, una altura de vuelo y una furia danzante que hacían palidecer de envidia a todas las «ratas» de la Ópera. Asombraron, desconcertaron al principio. Después todo París, contando por supuesto a los *snoobs*, acudió a ver esa feria bizantina, ese bazar rutilante como un kaleidoscopio, animado como un rito bárbaro.



Mme. Mariquita y sus discípulas

FOTS. MIROIR

Nijinsky fué el hombre a la moda y la Pavlova, una gitana rusa, acaparó las admiraciones de los periódicos y las cestas encintadas de los floristas. Los jóvenes *dandies*, nietos de aquellos viejos depantalones a cuadros, querían tener un automóvil de carrera y una amistad divulgada con alguna bailarina rusa. Naturalmente, esta falta de patriotismo mereció pronto ironías. Empezaron a circular anécdotas puntiguadas. ¿Eran todas ciertas? Alguna por lo menos me la ha confirmado un amigo verídico. Cuenta el gracioso escándalo de una tarde de repetición en el

teatro. Y se murmura que entre las heroínas de la anécdota está precisamente la Pavlova. El director de escena juzgó muy tímido el escote de estas bailarinas y solicitó por lo menos un centímetro más inmediatamente. La propuesta fué rechazada por unanimidad. ¿Era pudor? Como el director exigiera el escote, algunas empezaron a llorar. Desconcertado, se acercó, quiso averiguar el por qué del llanto. Una de ellas explicaba, en fin, la verdad tremenda. ¡Adivinadla! Estas lindas gatas tenían horror al agua. Alargar el escote hubiera sido mostrar una línea negra o resignarse—heroica medida—á que el jabón y la piedra pómez tornaran blanco lo que blanco suponía el espectador. Parece que no todas se resignaron. Y he aquí por qué desde entonces los jóvenes siguen adorando aquellos ojos rasgados, aquellas crines soberbias, aquella boca descarada y suavemente velada... pero de lejos, con rencorosa melancolía.

¿Malevolencias de París? En todo caso si era la higiene defectuosa, era el arte magno. Y esto no lo negaba nadie. Ninguna bailarina sabe dar como las rusas la impresión de un blando vacío. Su danza tiene reglas fijas como las otras pero cabe en ella la fantasía oriental y juvenil de un pueblo medio bárbaro. No es ya el ángulo rosa de una pierna sobre la otra, la pirueta doble, el salito de gorrión domesticado que va siguiendo las titilaciones de la música. Es una danza de grandes vuelos trenzados, de girar ebrio. No avanzan los coros como el ejército blanco de la Ópera, sino se enredan delumbrosamente como la lana multicolor en los telares turcos. Con los bailables llegaba una completa renovación de arte. A ellos debimos el dibujo persa de iríbe y las graciosas extravagancias de Poiret en la moda. Pronto el *ballet* de la Ópera pareció cosa de abuelos, como la música del Fausto, el daguerrotipo y las corbatas de tres vueltas. El último golpe se lo han dado los bailes de Isadora Duncan. Ya lo he escuchado decir con una sonrisa encantadora en el rostro prerrafaelista: «Esas son solo acróbatas». ¡Qué otra cosa parecen las señoritas del bailable junto a las discípulas de la admirable yankee! Son dos extremos de un arte. Por un lado el ritmo obscuro de la naturaleza, traducir la emoción en ademanes; por el otro, solo una gracia frívola, geométrica.

Y lo que es peor, una anticuada gracia que solo puede tener encanto de evocación. Cuando vemos a Madame Mariquita dirigiendo los ensayos, nos parece que va a pasar Gautier con su chaleco rojo o una lánguida mujer con el sombrero denominado «carlota», y que sonará fragorosamente una hora antigua en el reloj, un reloj de pesas por cuya súbita ventana el cuclillo gris viene a cantar su tonadita ronca...

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

LA ESFERA
LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ITALIA



CÁMARA

LOS CANTORES
Altorrelieve de Luca de la Robbia, existente en el Museo de Santa María de la Flor, en Florencia

CUENTOS ESPAÑOLES



El pájaro suelto

El *Chufas* no había conocido otra madre que la tía Bonifacia, tía Boni como la llamaban en el barrio. Mucha gente creía al rapaz hijo de la vieja mendiga. El propio chicuelo hubo de creerlo durante algún tiempo, aunque no le parecieran muy de madre tantos y tan crueles palos como de mano de la tía Boni recibiera á semejanza del pan nuestro de cada día.

Comadre hubo que aseguró que la tía Boni había robado el *Chufas*, cuando aún no contaba dos años, para implorar con él la caridad pública. Más piadosamente, otras vecinas decían que, lejos de robarla, la tía Boni había recogido del arroyo, donde una mano criminal la abandonara, la desvalida criatura, añadiendo que, aunque no lo pareciera, la vieja guardaba bajo su caparazón de borracha, avarienta y mal humorada, cierto pozo de bondad y ternura. Ello es que nunca se supo si había sido robo ó hallazgo la posesión del *Chufas* y que para los efectos lo mismo daba, pues la tía Boni bien sabía explotar las actitudes del robado rapaz ó cobrarse con creces el amparo dispensado á la abandonada criatura.

El *Chufas* pedía para ella. Maestro en las artes de la mendicidad, ejercida como industria, y cuyas lecciones tan sabiamente le había dado la tía Boni, planía á pedir de boca cuitas y quebrantos, é imaginarias penas, que movían á comisión á las gentes. «Caballero, una limosnita por amor de Dios, que tengo á mi madre baldada...» «Una perrilla, señorito, que somos siete hermanos y mi padre está ciego y no lo pueé ganar...» Y si era preciso, el *Chufas* lloraba, y no fingiéndolo, sino lágrimas verdaderas, que le caían cara abajo y que él cuidaba de no limpiarse.

Hasta que el rapaz tuvo diez años, la tía Boni pordioseó ya con él, ya sola; pero el tener quien selo ganara—segúnfrase de cierta comadre—había hecho á la pordiosera muy comodona, y la tía Boni «se retiró á la vida privada», sin otros cuidados que recoger de manos del *Chufas* las monedas que tarde y noche, puntualmente, le entregaba el chiquillo. Cuando no eran muchas, la tía Boni tasaba el yantar del *hijo* ó le golpeaba como madrastra para que avivase el ingenio y procurase mayores rendimientos al negocio traí-

do entre manos. El *Chufas* soportaba pacientemente los malos tratos de la vieja, y aun se esforzaba en hacer más cuantiosa la limosna. Acostumbrado desde siempre á la obediencia de la tía Boni, la respetaba y la temía. Y hasta momentos hubo á lo largo del tiempo en que sintió el muchacho cierta ternura, cierta gratitud por aquella mujer que, mal ó bien, le había criado y sin cuya protección, acaso, hubiese perecido de hambre y de frío. Madrastra era para él que le azotaba y tundía, pero al fin y al cabo ella le daba de comer y un camastro con buenas mantas que le defendían del invierno. Madrastra era, que jamás había tenido para él una caricia, una palabra cariñosa que denotara afecto, pues, bien mirado, ¿por qué había de quererle si eso no está en la voluntad, sino en la sangre, y para eso era preciso que se hubiera tomado el trabajo de echarlo al mundo, de ser su madre? De esta suerte hubo de filosofar un día el *Chufas* disculpando el proceder de la vieja.—Claro es—continuaba—que podía ahorrarse algunos palos de los muchos que caen en mis costillas, pero eso va en genios, y el de la tía Boni no peca de blando.

Distinguíase la mendiga por su avaricia y por su carácter tiránico. Corría la especie de que la tía Boni guardaba un buen *gato* producto de sus ahorros de muchos años, y la tía Eusebia, otra mendiga tan vieja como ella y muy conocida en el barrio, hubo de decir indignada en cierta ocasión:—«La tía Boni en jamás ha necesitado de la limosna para vivir... Si ha pedío, ha pedío por lujo. Yo soy la que necesito pedir, si no quiero morir de hambre». Algo de cierto debía haber en ello, pues la tía Boni nunca gastaba ni aun la mitad de lo que diariamente recibía y las comidas de ella y el *Chufas* no podían ser más mezquinas. El dinero sobrante debía ir, por lo visto, á engrosar el misterioso *gato* de que hablaban las envidiosas.

En cuanto á la tiranía de su carácter, la tía Boni no parecía haber nacido para la esclavitud que la codicia supone. Era enérgica, dominadora, indomable. Mostrábanse sus ansias opresoras en las manos que oprimían como garras y en los ojos que atraían cuanto miraban con cier-

ta fascinación de bruja y ave de rapiña á un mismo tiempo. La voluntad del *Chufas* sentíase presa en la red de aquella otra voluntad, como en una cárcel. De ahí que jamás osara contravenir la más pequeña orden que la tía Boni le diera. A obedecer y punto en boca. Se levantaba y acostaba cuando ella lo disponía y regresaba á casa, tarde y noche, á las horas de costumbre, sin permitirse el más leve retraso.

Por si el genio de la mendiga no era áspero de suyo, el vino le añadía mayores acritudes. La tía Boni se embriagaba con alguna frecuencia. El *peleón* y el aguardiente la proporcionaban, según confesión propia, el único placer de la vida. Emborracharse era para ella divertirse y gozar. Pero, á despecho de la propia confesión, la tía Boni tenía lo que se llama *mal vino*. Apenas echaba un trago, en los ojos cavernosos y sombríos encendíale la ira dos chispas, una extraña fosforescencia de ojos de gato. Entonces era cuando, á pesar de sus precauciones, el *Chufas* no podía librar el bulto de los palos de la vieja.

ooo

Contento y saltarín penetró en el tabuco. Elevaba en la mano el precioso objeto de su alegría: un canario, un finísimo canario, rubio como una espiga, que cantando era una bendición de Dios...

Seguramente que la tía Boni no contaba con tan apreciable sorpresa, con tan magnífico regalo. ¡Lo contenta que iba á ponerse al ver el canario! Porque ha de saberse que la tía Boni gustaba de los pájaros cantarines, y uno tenía, prisionero en su jaula, junto á una de las ventanas de la sórdida vivienda. Acaso fuera semejante afición, lo único puro, cordial, en el espíritu inhospitalario de la vieja.

Pero antes de que el muchacho pudiese hablar, la tía Boni le gritó iracunda:

—¿Qué horas son estas de venir á comer, so golfo? ¿De ande vienes? ¿No sa' es á la hora que tienes que venir á casa? ¡Bribón! ¡Granuja!

Y echando mano de un palo, siempre puesto á su alcance, lo hubiera descargado sobre las costillas del rapaz, si éste, que temblaba como

el pájaro prisionero entre sus dedos, no hubiese atajado el ademán, diciendo:

—Mire usted, madre—que así se acostumbró á llamarla,—si es que le traigo un canario, un canario que canta como los ángeles... Como á usted tanto le gustan...

La ira de la vieja se contuvo.

—¿Y de ande te ha venío á tí ese canario? ¿Lo has robao ó es que te ha dao por echarla de rumboso comprando pájaros?

—Pues ni lo uno ni lo otro—replicó el *Chufas*.—Este canario me lo ha regalao un amigo que yo tengo.

—Vamos, que te lo ha dao por tu linda cara. Pues miá tú que como no traigas á casa lo que debes traer... ¿Qué has sacao esta mañana?

—No ha sío de los peores. Ahí tié usted, dieciocho perras gordas.

—¿Esto ná más?

—Justo y cabal, lo que me han dao. Ya sabe usted que yo no la engaño ni en una perra chica.

—¡Yo qué he de saber! ¡Con lo golfo que tú eres!

La mano sarmentosa de la mendiga apoderóse ávidamente del dinero recaudado, escondiéndolo en la faltriquera. Luego sacó de entre un montón de cachivaches arrinconados una jaula vieja, de torcidos alambres cubiertos de roña, que había servido para otro pájaro, muerto acaso por descuido de su dueña. Encerró el canario en tan grosera cárcel y lo colgó después frente al otro, en el ventanuco donde el sol parecía entrar también como una limosna.

La tía Boni no se conmovió ni poco ni mucho con la delicadeza del *hijo* y el regalo que la trajo. No sirvió éste para favorecer al muchacho en cosa alguna. El *Chufas* consumió su menguada ración de sopas y pan duro untado con tocino, y ni aún tuvo como otros días, cebollas ó tomates que engullir sabrosamente. Terminado que hubo el ingrato almuerzo, salió á la calle á proseguir su triste obligación, más que por la necesidad impuesta, por la avaricia de su *madrastra*.

Volvióse á su «punto» de siempre, cercano á una iglesia, en una de las más frecuentadas vías madrileñas. Allí estuvo al acecho de las buenas almas que miran por el necesitado, pero no quiso la suerte aquella tarde serle propicia cual de costumbre, y por primera vez en largos años hubo de retirarse á su albergue con dos ó tres monedas de cobre por toda recolecta. Mala cara iba á poner su *madre* ante tan exigua limosna, y de no mediar la abundante de por la mañana y el regalo del canario, de cierto que sus costillas habrían de dar cuenta de ello.

Pero de algo habían de servir ambas cosas...

No fué así sin embargo. La tía Boni acogió la llegada del *hijo* con la más cruda serenidad.

—¿Con que no has recogío más que tres perros? ¿Y te vienes así, tan campante? ¿Y te crees que voy á tragármelo? ¡Ah, bribón... granuja... golfo! ¡Este es el canario que te habían regalao por tu linda cara!... El señorito ha dao ahora en la flor de comprar pájaros, de permitirse lujos... ¿Verdad que sí?

La tía Boni había cogido su palo y lo descargaba con todas sus fuerzas sobre el muchacho. Este salió corriendo, librando el bulto de la cruel acometida. La vieja entonces por alcanzarle, alargó demasiado los brazos y cayó al suelo. Sonó un golpe seco y un líquido sanguinolento se desparramó sobre los ladrillos... El *Chufas*, que había ganado la puerta, se detuvo. ¿Se había matado la tía Boni? ¿Era sangre aquel líquido que continuaba saliendo por su boca? Piadosamente, se acercó á la vieja que de bruces sobre el suelo no se movía...

No, aquello no era sangre... era vino, vino vomitado que olía á corrompido.

La tía Boni, que estaba borracha, se había mareado con el golpe...

Trabajosamente pudo incorporarla, arrastrarla hasta el camastro y subirla después encima.

Ella, intentando rehacerse, movía los brazos sin fuerzas con ademán de pegar al rapaz.

Pronunciaba palabras ininteligibles... invadida después de un sopor profundo, roncaba de un modo extraño...

—Esto se le cura durmiendo—pensó el rapaz.

—No hay mejor medicina pa las borracheras. Pero no tengo yo ganas de que cuando se despierte vuelva á agarrar el palo y me estropee á mí el sueño... Lo que es esta noche no duerme aquí el hijo de mi madre. Hace aquí mucho calor y en verano se duerme mejor al fresco.

Y diciendo esto, entornó la puerta del tabuco y salió á la calle.

Era el primer acto de rebeldía que hubo de permitirse.

Pero es que ya le iban doliendo mucho los palos y no por duros, sino por injustos, y más cuando de aquella manera se castigaba la buena voluntad que había tenido al llevarle el pájaro.

El *Chufas* como otro pájaro, libre de la esclavitud de la jaula, saboreó en la noche, vagando por las calles, el placer de la libertad.

¡La libertad!

Gustoso sabor le puso en el espíritu como en los labios aquel fresco vienteillo que los refrescaban.

¡La libertad!

Era algo nuevo para su alma, algo noble y hermoso que sus diez años avispados habían presentado muchas veces, y de lo que ahora empezaba á darse cuenta.

La libertad, la libertad querida para hacer buen uso de ella, para buscarla en fin, para emplearla en dignos menesteres...

Y súbitamente, hubo de iluminarle esta idea: huir para siempre de su *madrastra*, no volver jamás á casa de la mendiga...

Sí, no volver, huir de la esclavitud de la vieja, de los malos tratos, de la vergonzosa servidumbre que le hacía mentir dolores á las gentes para sacarle el dinero.

¿Es que su vida iba á reducirse á eso, á pedir limosna mintiendo?

No, en el mundo debía haber otras cosas, muchas cosas que poder acometer...

Pensando esto, el *Chufas* hubo de quedarse dormido sobre un banco de uno de los paseos públicos, pasada ya la media noche.

La luna velaba su sueño.

La piedra tuvo para su cansancio suavidades de pluma.

Y el *Chufas* hubo de soñar que ya no era un «golfo», que pedía limosna á la fuerza y que le pegaban cuando no era mucha, sino un hombrecito, libre, sin tirano, que trabajaba y vivía de su trabajo, esperando hacerse un hombre de provecho.

Cuando despertó, rayaba el día.

Al verse libre y recordar su sueño, saltábale el corazón de gozo.

Y sólo tuvo este pensamiento: ¡á trabajar! ¡á buscar trabajo!

¡El mundo era suyo!

La ciudad, que despertaba ruidosamente, tenía ante sus ojos un dulce resplandor de cosa nueva.

El la miraba con amor, sin tristeza, por primera vez en su vida.

La tirana, en tanto, dormida ya la borrachera, hubo de soltar un juramento al ver vacío el camastro del *Chufas*.

—¡Ah, granuja! ¿Hasta salirte de entre mis garras te permites ya? ¡No vas aprendiendo tú poco! ¡Pero ya verás, ya verás! Lo que estas manos cogen, no lo sueltan...

Y la tía Boni acercóse á la jaula donde el pájaro traído el día antes se revolvía inútilmente contra los hierros de su prisión.

La vieja, creyéndola mal adestrada, aseguró con mano firme la puercilla de la jaula.

J. ORTIZ DE PINEDO

DIBUJOS DE DHOY



A ORILLAS DEL PACÍFICO PASANDO EL CANAL



El vapor "Santa Clara" de 11.000 toneladas; primer buque de gran calado que entró en el canal por el Pacífico llevando a bordo numerosos invitados

FOT. M. G.

SALIR de España, recorrer media América, llegar por el Océano Pacífico hasta las playas de Panamá la Nueva... y no forzar el istmo, ya prácticamente roto, para asomarse al Atlántico, hubiera sido, en el más humilde periodista, estéril viaje.

El que esto escribe no fué tan infortunado.

Dispuesto venía á internarse en el Canal, aún no abierto, cuando una felicísima circunstancia coronó sus afanes.

El vapor norteamericano «Santa Clara», de once mil toneladas de desplazamiento, que saliera de San Francisco de California, por la vía de Magallanes, para Nueva York, era esperado en aguas de Balboa el jueves 18 del corriente Junio... El buque navegaba con rumbo á Balboa, cuando su capitán recibió de Balboa un aerograma: «Venga dispuesto á ser el primer barco mercante que surcará el Canal en viaje de prueba de las esclusas de Miraflores y de Pedro Miguel...»

Hasta entonces, únicamente los remolcadores y las lanchas del Canal habían pasado de océano á océano.

Era, pues, preciso que el periodista figurase entre el muy limitado número de personalidades invitadas á este sensacional ensayo de las esclusas misteriosas, elevadoras del mar á caprichosos niveles.

Fueron al soberano espectáculo invitados: la distinguida familia del Presidente de la Repúbli-

ca de Panamá, Doctor Belisario Porras, el Cuerpo diplomático extranjero, y... un solo periodista: el que esto escribe, honrándose con la representación de LA ESFERA.

Al encuentro del vapor «Santa Clara» salimos en un bailarín remolcador de la *North Pacific Line*, y no pocos ni pequeños apuros pasamos para hacer el trasbordo.

Ya en el «Santa Clara», que ni siquiera se detuvo para que más cómodamente lo invadiésemos, una leve emoción hubo de embargarnos: íbamos á ver realizada, como por geológico milagro, una de las mayores audacias de los hombres... La rotura de un istmo en asombroso tajo; la cordillera inmensa de los Andes, ¡la espina dorsal de América!, prácticamente serrada por el gigantesco impulso de esos hombres para los que no existen, en diccionario alguno, la pa-

labra «irrealizable» ni la palabra «desaliento». Esos hombres son los norteamericanos. Ellos hicieron, en diez años, lo que los franceses — de seguir los procedimientos que implantaran — no hubiesen hecho nunca. Para ello comenzaron por convertir en un paraíso lo que antes sólo era un cementerio. La transformación surgió, espontánea, muy fácilmente: acabando con los mosquitos, los terribles adversarios que Francia se encontró en el istmo. Exterminados los mosquitos, en absoluto desapareció la fiebre... Efectuaron en Panamá los norteamericanos lo

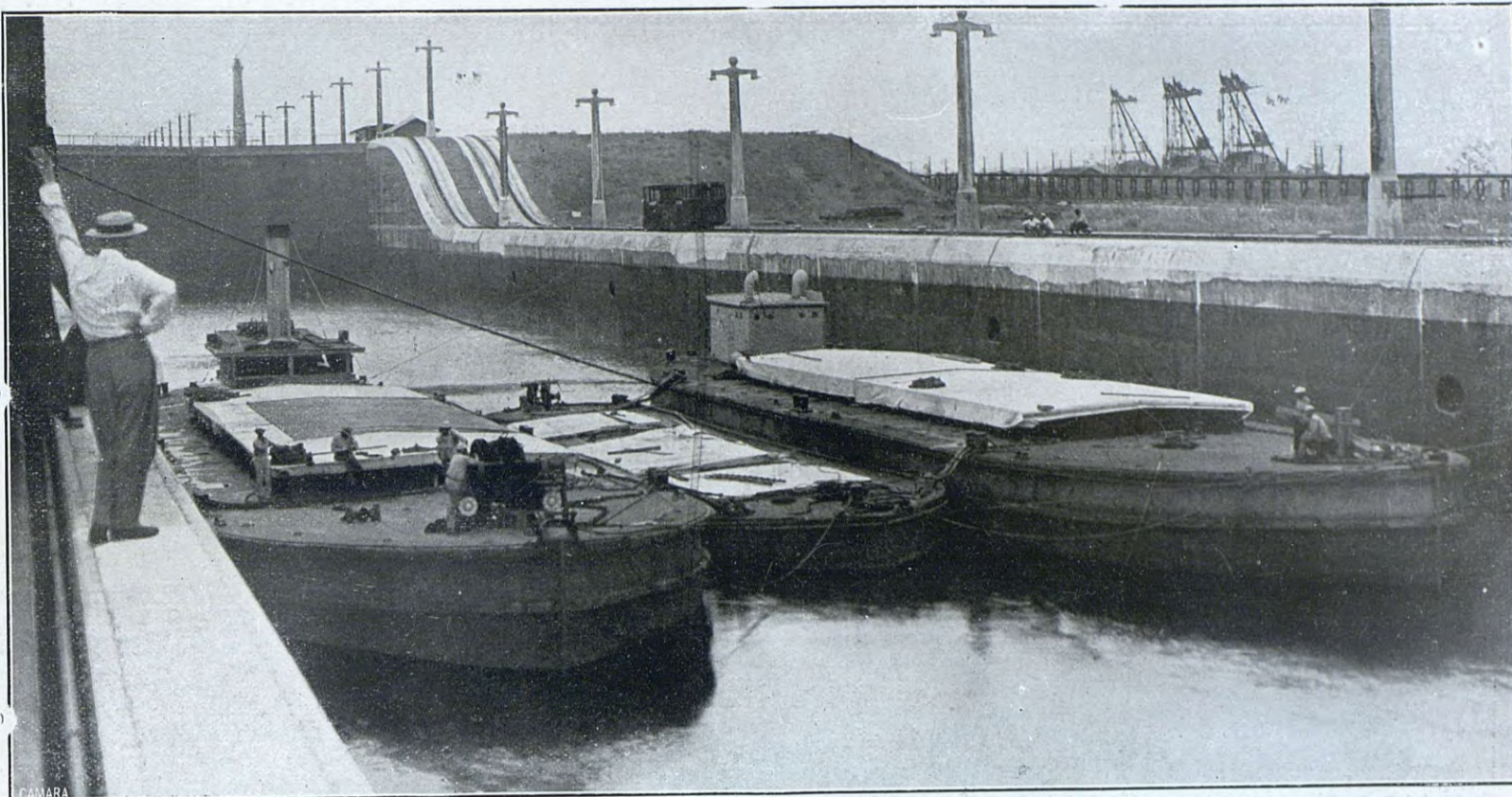
que ellos mismos realizaran, con la fortuna más completa, en la ideal isla de Cuba, que es hoy un incomparable sanatorio.

La zona del Canal es, como Cuba, un inmenso jardín de salud.

Roto el istmo—un verdadero *Himalaya de oro*, por lo que ha costado el estupendo corte—las aguas de los dos océanos han llegado á mezclarse, en pleno tajo de los Andes temibles, y á muchos metros sobre el nivel natural de aquellas mismas. Las dobles esclusas de Miraflores, de Pedro Miguel y de Gatun, hicieron ese milagro.

Y con rumbo hacia ellas fuimos desde Balboa, á la entrada del Pacífico, en el «Santa Clara» intrépido, anhelantes...

Nuestra primera admiración fué ante las tres islas—Flamenco, Perico y Nao—que han sido convertidas en poderosos fuertes, y unidas entre



Primeras embarcaciones que han navegado por el canal de Panamá con cargamento, llevando 1.300 toneladas de azúcar a los muelles de Miraflores

sí, y con la tierra firme, por un improvisado istmo de dos millas de longitud, como prodigioso camino militar para la más fácil comunicación con la titánica artillería de aquellas formidables avanzadas.

Ya en el canal, navegamos unas ocho millas para internarnos en la esclusa izquierda de Miraflores. Cuatro «mulas eléctricas» remolcan entonces al «Santa Clara», pausadamente. Ciérranse las compuertas que dejamos á popa... (En la esclusa hay *cuarenta y nueve pies* de agua, siendo de *mil* la longitud interna de aquella y de *ciento diez* la anchura; cabría, pues, cómodamente, el mayor buque de los hasta hoy construidos.) Doce minutos bastaron para que, sin que ni siquiera nuestros ojos lo advirtiesen, se elevara el «Santa Clara» á treinta pies más... La

operación se hizo en forma tan sencilla, tan admirable, tan asombrosa, sin una voz, sin un ruido, como al conjuro mágico de nuestro solo deseo, que ni uno de los presentes dejó de emocionarse... Abriéronse las compuertas de proa, para darnos entrada en la segunda esclusa; se repitió la operación, y, doce minutos más tarde, habíamos subido *treinta pies* más y entrábamos, como la cosa más natural del mundo, en el bello lago de Miraflores.

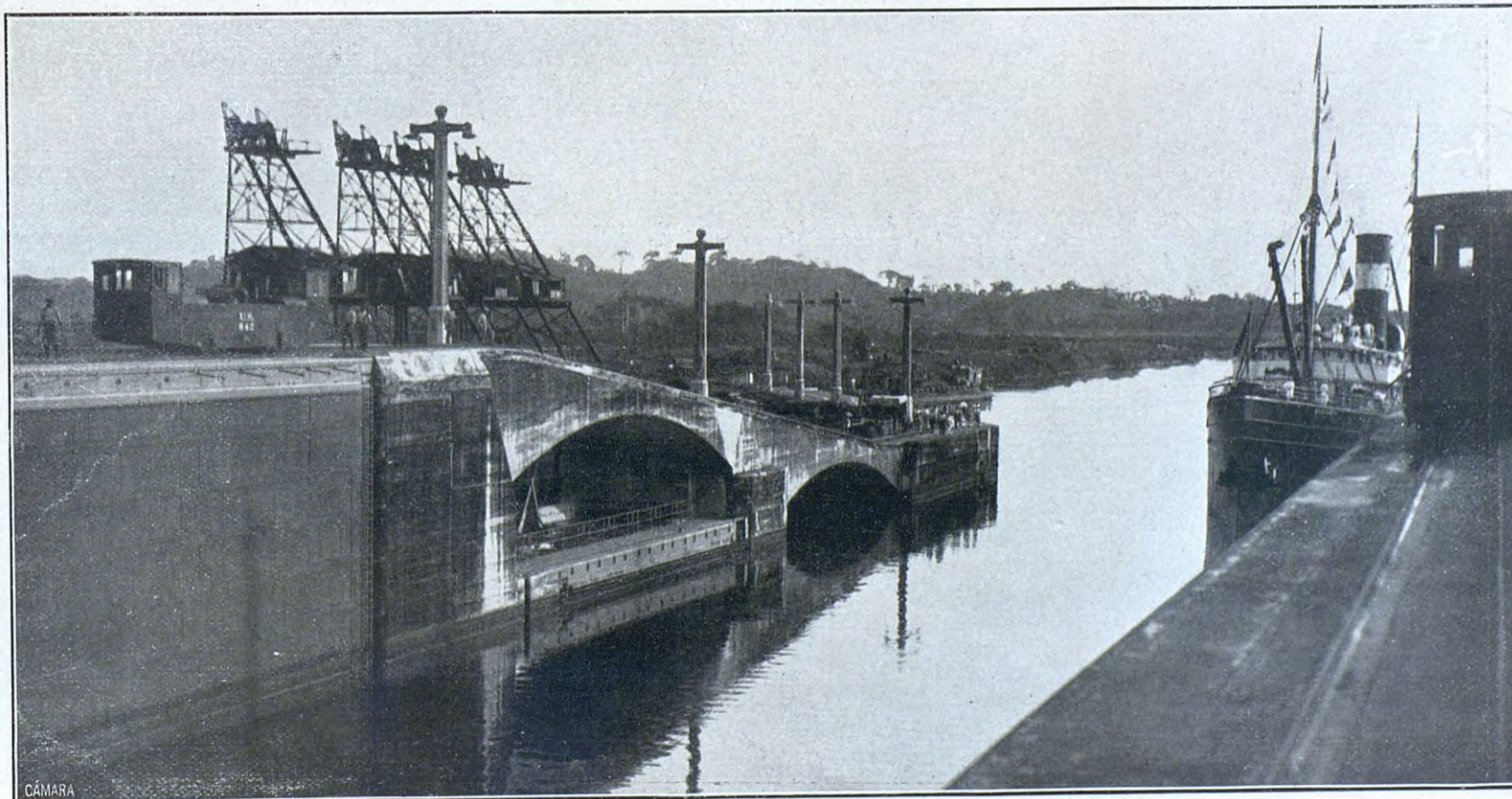
De Miraflores á Pedro Miguel, por la tercera esclusa, que nos eleva hasta el nivel de las aguas del enorme lago artificial de Gatun, y, atravesando antes el hercúleo tajo de La Culebra, en las esclusas de Gatun nos vemos, para descender hasta el Atlántico, en plena bahía de Limón... Tal fué, como en un sueño, el viaje. Ya se pue-

de pasar de un océano á otro, aunque todavía nada se ha resuelto acerca de la fecha en que ese paso se ha de abrir. Oficialmente, su apertura está anunciada para el 4 de Marzo, solemne día en el que los más grandes buques de guerra de todo el mundo escoltarán al *dreadnought*, norteamericano que conduzca al presidente Wilson.

Y el presidente Wilson, en ese día, no podrá menos de dedicar un recuerdo, por humilde que sea, á los millares de franceses que murieron ó se arruinaron y al glorioso Lesseps enloquecieron, para que al fin, sobre tanta inolvidable desventura, triunfase, á fuerza de oro, la siempre decisiva perseverancia de esos colosos norteamericanos...

MIGUEL DE ZÁRRAGA

Panamá, Junio 1914.



Un pintoresco aspecto del canal de Panamá



PARÍS SE DIVIERTE LAS ACTRICES EN CANOA



En el embarcadero

Los *sports* dominan por completo á la sociedad moderna y ya no bastan los más corrientes de la bicicleta y el *auto* para satisfacer las pasiones de los que siguen el influjo de la moda.

En el constante afán de renovación que exige la vida moderna, nerviosa y febriciente, este de los deportes, que procura el equilibrio de la maltrecha economía individual, es de los más gratos y explicable.

Es un noble afán que hermana el beneficio físico con la satisfacción espiritual y que puri-



CAMARA

Salida de una canoa



La actriz Mile. Via

fica la sangre envenenada en las atmósferas enrarecidas y miasmáticas con la saludable caricia del aire pleno y libre.

El deporte náutico está llamado á grandes prerrogativas en el concierto de las demás aficiones deportivas.

La canoa, ligera, sencilla y elegante, comienza á ser objeto de los gustos femeninos y cuando los domingos llegan, muchas de las más celebradas actrices parisienses, muestran especial gusto en trasladarse á las orillas del Sena y de la Marne, deliciosas y floridas, en



CAMARA

Vista de Rueil-playa, en el Sena, durante la mañana



Vista general de uno de los embarcaderos de Rueil-playa

los alrededores de la gran ciudad, y allí hacen partidos de canotaje.

Los cascos sutiles, frágiles y ligeros de las elegantes embarcaciones, transportan con orgullo las femeninas gallardías. Sobre las aguas movibles y tembladoras, refleja como sobre un espejo la belleza soberana de las gentiles tripulantes, y resbala silencioso y vencedor el barco que con la

hermosura de una mujer sobre la alta proa avanza con la esbeltez de las góndolas venecianas.

Rueil-playa es uno de los puntos escogidos para este *sport* que atrae á las bellezas y allí actrices como Genoveva Vix, María Luisa Derval, Martre Dermigny y otras ocupan unos de los esquifes ligeros y se entregan durante unas horas al dulce placer de dejarse balancear por el mo-

vimiento de las aguas. Unas, reman ellas, otras se hacen acompañar por algún aficionado á este *sport* ó por un profesional y mientras las horas pasan alegres y ligeras en aquellos parajes, á lo lejos la gran ciudad parisién sigue su constante agitación, de la que se han alejado momentáneamente las actrices y damas elegantes que buscan diversión y alegría en estas partidas campestres.



Esperando al compañero



Prácticas marineras



El general Carranza en Saltillo

LA REVOLUCIÓN MEJICANA

Carranza arreglando a sus partidarios

Pocos pueblos en la Historia del mundo se han visto estremecidos por tantas convulsiones políticas como la República mejicana, en menos espacio de tiempo.

Anhelos plausibles unas veces, impulsos sagrados de noble patriotismo otras, ansias de reivindicación y de progreso algunas, y deseos de servir los insaciables imperativos de la ambición, los afanes de medro y de poder, las más, han ensangrentado, en centenares de ocasiones la tierra fértil de los Aztecas y han conmovido, con vientos de discordia, los tranquilos hogares, donde sembró el duelo y la venganza el fatídico pasar de la muerte, estelado de lágrimas y de ruinas.

El vigoroso impulso de la sedición sostenido con igual pujanza á través del tiempo que dura la anomalía ha arrollado á las fuerzas del Gobierno, ocasionándole terribles derrotas, ha dominado pueblos, ha rendido ciudades y ha ensanchado sus dominios rápidamente sin que á contenerlo en su marcha triunfal fuese bastante el ejército regular del país organizado y dirigido técnicamente con arreglo á la moderna táctica de la guerra.

La intervención armada de los Estados Unidos puso de manifiesto las intenciones que animaban á los partidarios de la doctrina monroísta y confirmó la creencia que latía en el fondo de todos los espíritus, de que desde Nueva York se alimentaban las hogueras donde la guerra civil forjaba las crueles armas del fratricidio.

Con astucia criminal, tocando arteramente todos los resortes de las humanas flaquezas, puesta la mirada en un fin lejano, el

pueblo yanki fué lentamente amasando la enemistad, creando el odio, destilando el veneno de la venganza en el alma de los mejicanos. Cauteloso, con el sigilo más grande en las honduras de la intención, caminaba con el tiempo, acallando sus propias pisadas para no oír las del mismo, sujetando los impulsos de su codicia para que no fuesen descubiertos con anticipación inconveniente. Esperó. Y

esperando supo hablar de patria, de tiranía y de sacrificio. Supo hablar de títulos y honores hurgando sabiamente en los cienos de la vanidad y siguió y persistió en su labor obstinada y calmada hasta un punto en que los horizontes de aquel país se incendiaron con resplandores sangrientos y los hermanos se mataron como enemigos. Y muriendo y riñendo para asegurar la prosperidad de la patria

abrirían un sepulcro insondable á la pobre patria herida con desventura. En este movimiento, rebelde y tenaz, no se ha vertido sólo la sangre mejicana. La ceguera bárbara de la crueldad llevó al martirio salvaje á ciudadanos extranjeros indefensos y apartados de esas luchas, á mujeres y á niños, que temblaban llorosos y asustados, bajo las siniestras amenazas de los verdugos.

Este mal causado é irreparable, no puede evitarse nunca en situaciones análogas. Podrá ser mayor ó menor, según el grado de humanitarismo y de cultura del pueblo convulsionado, pero siempre en el fondo de todas las revoluciones late la perversidad, que aprovecha el momento de salir á la superficie, soltando las bridas al desenfreno y elevando sobre un pavés triunfante á la anarquía.

Próxima parece la terminación de esta lucha ruinosa. El caudillo Carranza, si para bien de Méjico se impone el buen sentido, ocupará la presidencia de la República; la paz apagará los odios que brillan en las miradas llameantes. En los campos desolados, nacerá la espiga de oro; el arado fecundo, sustituirá al fusil asesino y la sangre vertida florecerá en los trigales, renaciendo al sol convertida en amapolas bermejas...



El general Carranza, en la estación de San Pedro, organizando el movimiento de sus fuerzas
FOTS. HUGELMANN

LA ESFERA

FIGURAS DE LA REVOLUCIÓN MEJICANA



VENUSTIANO CARRANZA

Dibujo de Gamonal

Completamos la galería de figuras de mayor importancia en la actual revolución mejicana, con la publicación del presente retrato de D. Venustiano Carranza, caudillo supremo del movimiento constitucionalista y al que se señala triunfante la revolución que ha derrocado al Presidente Huerta, hoy fugitivo hacia Europa, para ocupar la Jefatura de la República, si el Presidente Wilson accede á reconocer la transmisión de poderes ofrecida por el electo sucesor de Huerta, el Sr. Carrvajal. Hombre de gran cultura y de verdadero talento de gobernante, al decir de sus biógrafos afectos, espérase de él, si llega á ocupar la Presidencia, la completa y rápida pacificación de Méjico.





ESCENAS EJEMPLARES

NIÑOS Y PÁJAROS

No por reiteradamente prodigada en fotografías y cuadros, perdió su belleza el espectáculo que ofrecen las palomas de la Plaza de San Marcos, los gorriones del Jardín de las Tullerías posándose en las manos del hombre y en el regazo de la mujer. Muchas hermosuras parecen subsistir á costa de la sensibilidad ó de una ternura enfermiza, aunque en cualquier momento, y sin alharacas, son facetas de una civilización que hace compatibles el perfeccionamiento de la máquina y el amor, noblemente encauzado, al irracional.

De niños, todos los españoles apetecen coger á la Luna con las manos; pero contados son todavía los que quisieran ver en la palma de ellas, picando confiadamente el grano ó la migaja de pan, al más saltarín de los verderones.

El rapaz español convive entre adultos que no se cuidan de imprimir á su sensibilidad aquel rumbo que asegura su lozanía al árbol y su libertad al pájaro.

No se habitúa á admirar á la flor en la rama ni al ave en el surco ó en la espesura. Los sanos panoramas de un jardín, los halla sintetizados—caricatura de cruel domesticismo—en el tiesto y en la canariera. Si ve una alondra, evoca seguidamente la escopeta que la asesina. Si un pajarillo vuela sobre su frente, sabe que la cocinera le trueca en nutritivo epílogo ó que mamá le incrusta como gentil adorno, á su sombrero.

El muchacho cerril corre con insensato ardor tras el pajarillo, para derribarle de una pedrada. Nunca presiente el gozo de que el pajarillo pudiera, alguna vez, perseguirle á él, para posarse, rendido, en su hombro. Por amigos tiene al perro, al gato, á la doncella y al novio de su hermana—si es de los hombres avisados que le regalan bombones;—pero el gorrión no llega á camarada suyo.

Pícaro impulso, brotado en sus entrañas no se sabe por qué, le impele á comprar un tirador, una varita de liga, un cepo, una jaula... Y ese pequeñuelo, enemigo de todo lo que vuela, hoy acosa al ave: mañana, tal vez, perseguirá á la idea.

Como en Madrid abundan más los escaparares que los jardines, la buena voluntad de pedagogos y alcaldes se estrella contra el ingénito odio al pájaro.

Hemos llegado á ofrecer alimento al tíf ó al macaco, siempre que piruetee tras sólidos barrotes; no concebimos al gorrión ó á la paloma en libertad, como no sea en la pista del circo, y revelando habilidades de hombre. Perdonamos al pichón, amaestrado, que extrae la raíz cuadrada; pero si no la extrae, nos le comemos con arroz. La vida es dura, amables volátiles...

Asombra, pues, y consuela ver en tantos puntos del globo á niños y mayores dando de comer á las aves, sin otra esperanza ni segunda

intención que la de que emprendan después el rumbo hacia lo azul del cielo ó el verde rumoroso de la fronda.

Quisiéramos sorprender la misma escena en el Retiro, en el Parque del Oeste, en el Botánico, hasta en el fracaso de jardín que melancoliza la Cuesta de Santo Domingo, ó bajo los plátanos de Recoletos y las acacias del bulevar.

La niña convaleciente, que en cuanto salió á pasear por un parque de Londres, buscó á «sus» pichones, los de las claras mañanas, da todo un curso de infancia, de feminidad y de educación.

Niños que perseguís mariposas para atraparlas y atravesar su cuerpecillo con un alfiler; niñas que no concebís que las rosas puedan deshojarse suavemente, bajo la magia del crepúsculo, en el mismo tallo en que nacieron: la jaula, está llamada, antes que la forma poética, á desaparecer.

Cuando vuestro espíritu, paciente y amorosamente educado, se llene de flor, comprenderéis la inutilidad de la jaula, execraréis la crueldad, la torpe belleza de la jaula.

Entonces bastará que os asoméis al balcón, y extendáis, como un pétalo, la sonrosada palma de vuestra mano, para que la bandada algarera de gorriones ó de palomas, rodeándoos, de á vuestra actitud prestigiosa belleza de imagen de retablo.

E. RAMÍREZ ANGEL

DE NORTE A SUR

La princesa estudiante

Danese, como el príncipe mediatibundo de Shakespeare, muchos días la luz lívida de amanecido la sorprenderá, inclinado el rostro sobre los libros. Pero no como el príncipe Hamlet vagará por las oquedosas salas de su palacio ó por las sombrías playas de rocas, enferma de ensueño y de misterio. Más humano, más equilibrado el rumbo de su vida que el del príncipe siniestro y trágico, nacido como él bajo el cielo danés.

La princesa Margarita es hija del príncipe Waldemar, tío del Rey de Dinamarca, y acaba de examinarse en la Universidad de Copenhague.

Tiene un bello nombre, que rima con su pelo del rubio plata de las mazorcas no muy maduras, y con sus ojos del azul transparente de las pupilas que descansan su mirada en los mares tranquilos. Y estas tres bellezas son como los tres primeros versos de una estrofa cuyo cuarto verso fuera su título de princesa.

Princesita para arañitos, encajes, sedas y gemas; para fiestas frívolas, para galanías previstas en el Protocolo; para largos ensimismamientos cuando se quedara sola y soñara en los imposibles que inquietan las princesas á quienes todo parece posible.

Pero la princesa Margarita—¿verdad que parece el título de un cuento de hadas?—ha comprendido que ser princesa y nada más que princesa es bien poco. Tiene un espíritu capaz de más útiles empeños que cultivar deportes, asistir á recepciones, visitar ciudades engalanadas y dejarse casar con un príncipe de otras tierras.

Por eso ha decidido estudiar una carrera universitaria, asistir á las clases, vestir el traje sencillo y la gorrita característica de los estudiantes, y más que el besamanos de un palaciego ó la aduladora y acaramelada poesía de un coplero oficial, le agradará el elogio de un catedrático ó la contestación que un compañero de clase le diga en voz baja cuando ella la olvide ó no la sepa.

Sin embargo, está escrito que los hijos sufran ó gocen las culpas ó los bienes de los padres. La princesa Margarita no podrá ser la estudiante que ella quiere ser. No la suspenderán nunca; no sentirá el acicate de la emulación; no podrá cortar la flor del ensueño en el modesto huerto de sencillez que ha elegido á cambio de su pomposo jardín principesco. Siempre que quiera olvidar que es prima del Rey, se lo recordará todo: el respeto de los profesores, la temblorosa voz de los compañeros, la melancólica amargura que acaso nuble los ojos de un estudiante capaz de amarla y de callar este amor como un delito. Y esta princesita que ha querido ser mucho más que princesa, mucho más que reina, es decir, una mujer que valga por sí misma y útil á su patria, sufrirá el mismo dolor de otras mujeres que sueñan con ser princesas, sin conseguirlo nunca.

Las bañistas alemanas y la moral neoyorkina

En esta inevitable vuelta de cangilones que dan todas las revistas del mundo, á los episodios propios de cada distinta estación, le ha llegado la vez á las fotografías de playas... ¿cómo las adjetivaremos?... desaprensivas.



La princesa Margarita de Dinamarca, que acaba de examinarse en la Universidad de Copenhague

Mejor dicho, las desaprensivas son las bañistas de estas playas. Casi siempre es en Alemania. Las señoras, señoritas, y las que no son ni una cosa ni otra, se visten y se desnudan—es lo mismo—con un *maillot* negro, que en España no toleraríamos á una cupletista de un teatro sólo para hombres. Este *maillot* no tapa más que el tronco. Vestidas ó desnudas—es lo mismo—con este traje se pasan el día entero en la playa; entran al agua, salen del agua, juegan al *tennis*, bailan el tango argentino con los hombres—más desnudos aún—juegan á las prendas, flirtean y toman café...

¡Oh! El café y la mujer alemana son dos cosas inseparables. Me refería un amigo que esta frase tan inocente de «¿quiere usted tomar una taza de café?» tiene un significado ultragalante, á pesar de lo cual es muy corriente que los hombres hagan esa pregunta á casi todas las mujeres y que casi todas acepten.

Ahí tenéis la playa de Zoppet, en el mar Báltico. El Kronprinz, que alterna su francofobia y su militarismo con un laudable deseo de que no disminuya la natalidad en Alemania, procuró cuando estaba de guarnición en Dantzig, poner de moda la playa de Zoppet. Gracias á esto las aficionadas á la frescura—en el doble sentido de la palabra—tienen una playa más donde «tomar café» y despreciar la ley de Malthus.

Como contraste de esta... desaprensión veraniega de la galante Germania, debemos hacer constar la creación de un nuevo cuerpo de policías yanki: «los defensores del pudor».

Los norteamericanos son un pueblo casto y

fuerte y viendo que las fotografías de playas alemanas empezaban á influir de un modo nocivo sobre sus playas del Atlántico, han inventado los pintorescos «defensores del pudor».

Para ingresar en ese cuerpo se precisan dos condiciones indispensables: ser alto y ser gordo.

En cuanto á su misión no puede ser más sencilla. Se reduce á pasear por la playa y en cuanto vean que un individuo cualquiera se dispone á fotografiar á una bañista, colocarse delante del objetivo. Como veis la moral queda salvada y los *kodakistas* á fuerza de estropear placas, acabarán por cansarse y dejar en paz á las señoras.

Lo que me preocupa es la injusticia del Destino. Porque mientras las germánicas «ofensoras del pudor» seguirán haciendo durante el invierno lo mismo que durante el verano, ¿en qué emplearán á los defensores del pudor cuando llegue el otoño?...

El pueblo se divierte

El otro día en uno de estos parques de recreo, con cuatro fiestos, veinte sillas de hierro y un escenario para *varietés* de saldo, pensábamos que Madrid en verano adquiere el aspecto de un hombre en camiseta que levanta en alto el botijo, se limpia la boca con el dorso de la mano, tutea á todo el mundo y confía en casar á sus hijas con un buen chico «del comercio».

Más que aburguesarse la ciudad se entrega en brazos del pueblo. De aquí las *kermesses*, los «recreos» de barrio, las verbenas, la Banda Municipal al aire libre y las siluetas un poco gentiles y otro poco lamentables de las muchachitas con blusas de percal, zapatitos de lona y las manos destrozadas por la aguja ó enrojecidas por el agua del fregadero, que se lanzan á tomar vasos de limón y á encontrar novio.

Pero no es sólo en Madrid. París también adquiere ese aspecto de ciudad reconquistada por el pueblo. Así como ahora los coches de lujo van ocupados por las familias de los cocheros y en los jardines ó terrazas de hoteles de la Castellana vemos á lacayos, doncellas, cocineras y mayordomos jugando á los señoritos, así también en medio de las calles desiertas, durante las horas soleadas del día, se organizan bailes públicos. Ante esa fotografía del baile popular parisién, nos parece contemplar un baile de verbena ó de *kermesse*, ó que las niñas patinadoras de *El Limbo*—pongo por parque de recreo—se decidieron al fin á danzar una polka en torno del ridículo kiosco donde tocan unos murguistas con sombreros de paja.

No nos burlemos demasiado. Acaso este mundo ingenuo, sencillo y enfermo, sin saberlo, de todos los romanticismos y de todas las ingénuas rebeldías, esté más cerca de nuestro corazón que el otro altivo, desdeñoso é insincero de las solemnidades teatrales, las fiestas aristocráticas, las sesiones de Cortes y los agiotismos bancarios...

Para defenderse de ese otro mundo, la ciudad ha de estar durante el invierno bien despierta y pronta á todos los peligros. Ahora se adormece dulcemente, confiadamente, como una de esas mamás humildes, tan oportunas, que sólo sueñan en «colocar á la niña». —José FRANCÉS



EL VERANO EN ALEMANIA
La playa de Zoppet, una de las más favorecidas por el mundo elegante alemán



EL VERANO EN FRANCIA
Una de las calles de París, transformada en baile público



LOS TRAJES DE BAÑO EN LAS PLAYAS EXTRANJERAS

No se puede negar que el mismísimo demonio ha venido á veranear á la tierra y ha sentado sus reales en las playas extranjeras. ¡Menos mal! Desgracia grande hubiera sido para nosotras que ese diablo de Lucifer hubiera dirigido sus condenados pasos á nuestras residencias de verano creándonos una preocupación más que hubiésemos tenido que añadir á las que nos producen los *Satanás* contra quienes tenemos que estar prevenidas por aquí.

Nada más lógico, más natural, ni más necesario, que la mujer procure adornarse, excitar la curiosidad y la admiración de las gentes. No solo ya disculpable, sino plausible y digno de que se estimule es que no desaproveche ocasión alguna, la más nimia, la más trivial, la que parezca menos adecuada para señalar su aparición con una delicadeza ó su paso con un detalle que por su feminidad encante y por su sugestividad deleite.

La coquetería, en su acepción amplia y honrada, es un arma poderosa, irresistible, que debe esgrimir la mujer en todas las circunstancias sin rebasar nunca los permitidos linderos. ¡Yo, mujer, bendigo al mágico, al subyugador, al soberano poder de la coquetería!

Pero no creáis por eso que puedo sancionar el abuso que de ella se hace ni tolerar que sirva su nombre para la disculpa de ciertos procederes

incompatibles con los respetos, las conveniencias y las prácticas sociales. Buena está la libertad del tiempo presente y que ella dure y perdure por los siglos de los siglos amén; bueno también que se permita al gusto su manifestación espontánea sin más limitación que la de señalar nuevos aspectos de belleza, pero lo que no puede ser bueno nunca, es el afán de llamar la atención sin reparo y siguiendo el camino de las emociones fuertes.

¡Oh, playas de Ostende, Trouville, Dieppe! ¡Oh, locos balnearios donde la Moda es una vorágine de desatinos á la que se abandonan todos los deberes!

¿Veis esas mallas de seda que en la *toilette* de baño visten la pierna hasta hoy desnuda y temblorosa por sentir su blancura de alabastro besada por el aire libre y engarzada en el oro del sol? ¡Es la última moda en las traviesas playas extranjeras!

La insólita ocurrencia es de una perfidia más grande que el *maillot*. Por lo menos este no tiene la agravante de un recato hipócrita ni de un pudor mentido. Por fortuna en nuestras playas no tienen ni tendrán arraigo nunca estas... excentricidades, ya que de alguna manera hay que llamarlas. ¡Y decidme si no hay que creer con razón en el veraneo del mismísimo demonio!—ROSALINDA



Retrato de un Cardenal, por Ignacio Zuloaga

ESPAÑA EN EL SALÓN DE PARÍS

EN esta vieja discusión—que ahora parece más viva, enconada y acaso más decisiva que nunca—entre los partidarios y los enemigos de la barbarie taurina, nuestras simpatías, naturalmente, están con los últimos.

Ahondando en todos los serios problemas de empobrecimiento nacional, encontraremos siempre la lepra taurina. Las corridas de toros son las culpables de todas nuestras derrotas materiales y espirituales. No es la sangre de caballos, toros y toreros—que esto, al fin y al cabo, poco importaría—la que nos preocupa; es la desviación torpe y suicida de nuestras energías, el envejecimiento de las costumbres, son los afrentosos contrastes de los toreros millonarios y de los escritores y artistas que mueren de tuberculosis ó arrastran una vejez misérrima acosados de todas las penalidades; es la emigración de los hombres de ciencia y de los hombres del agro; es la flamenquería y el matonismo apoderándose de las antiguas cualidades de valor y caballerosidad; es la degradación moral—de donde surge la lujuria, la insensibilidad—que imponemos á nuestras mujeres, á nuestras hermanas, á nuestras hijas, sentándolas en las gradas de piedra de un circo taurino; es la villana y antipatriótica afrenta de nuestra bandera colocada en el mástil de las Plazas de Toros...

Ahora mismo, al hablar de los envíos de nues-

tros pintores al Salón de París y de los pintores extranjeros que presentan asuntos españoles, encontramos las panderetas trágicas ó de sensiblero cromo; igual da. Pandereta al fin.

Toreros, toros, manolas, caballistas, flamencos, muchachas con mantilla blanca que rezan á vírgenes andaluzas, por el amante, picador ó banderillero; mocitas vestidas de percales chillones y con flores en la cabeza que cosen trajes de luces debajo de carteles taurinos; ó envueltas en pañolones de Manila y montadas sobre andaluces potros.

¿Con qué derecho podríamos decirles á los pintores franceses, como Henri Zo, como Planquette, que presenta unos toros con su vaquero y sus cabestros, como Diffre, autor de *Le picador blessé*, como á Jean Paul Laurens, autor del *Felipe II á l'Escurial*: «No pintéis eso; España ya no es así; en España hay otras bellezas, otros aspectos más puros, más dignos del siglo en que vivimos?»

No podemos decirlo. Nos contestarían señalando el cuadro de Carlos Vázquez, *Antes de la corrida*; nos mostrarían el cuadro de Checa, *Alto en la fuente*; el cuadro de Vázquez-Díaz, *Los Idolos*; nos mostrarían los cuadros de Zuloaga, que aparentemente, es el iniciador de esta exaltación del embrutecimiento nacional.

Es lo mismo que si pretendiéramos evitar con

reflexiones y consejos el que los mozos del pueblo mueran despanzurrados en las capeas, que los chiquillos jueguen al toro en medio de las calles, que se abran escuelas (!!) taurinas y una juventud flamenca y holgazana, llene los garitos, los prostíbulos y salte á los ruedos cuando los toros son mansos—jamás cuando sean bravos—ó cuando ya muerto el último toro haya que levantar sobre los hombros, como á un héroe sobre el pavés, al matador... Esos aprendices de la fiesta bárbara saben que el torero es el español más admirado por los hombres, más solicitado por las mujeres y que se enriquece más pronto y que su vida está siempre aureolada de gloria.

Son incapaces de ver el otro aspecto, la parte oscura del rembranesco contraste, la existencia dolorosa, terrible, de los lidiadores que nunca triunfan.

Del mismo modo la gente confunde los cuadros de Zuloaga, donde sangra, estrujado, llagado, un corazón de español, con los otros cuadros exaltadores de lo que Zuloaga ataca. ¿No se ha dicho también que *La Tauromaquia* de Goya es un canto á las corridas de toros?

ooo

Hereditario directo de Goya es Ignacio Zuloaga. Un heredero también de Greco y de Velázquez.



En la fuente, cuadro de V. Checa



El picador herido, cuadro de J. Diffre

En él se han fundido las bellezas de los tres grandes maestros de la pintura española.

En *Mundo Gráfico* hemos tenido el honor de solicitar que Ignacio Zuloaga vuelva a España y exponga sus cuadros tan maravillosos. Los críticos de más prestigio e independencia han secundado nuestra campaña y acaso no está lejano el día en que el maestro vasco reciba la consagración española después de la europea tan indiscutible.

Entre los muchos motivos de que Zuloaga no haya expuesto aún en España no es el menos importante el de su sinceridad agresiva, la tendencia viril y noble de sus cuadros que dicen a España la verdad con toda crudeza.

Por eso escribí antes que sólo en apariencia pueden justificar los lienzos de Zuloaga el que otros pintores españoles o extranjeros, al pintar asuntos españoles, se inspiren en el «oro, seda, sangre y sol» de los circos taurinos, o en los mantones chinoscos y las mantillas de blonda.

No podríamos decir lo mismo de otras orientaciones sugeridas por el gran artista vasco. Los más altos pintores actuales: López Mezquita, Chicharro, Benedito, los Zubiaurre, Rodríguez Acosta y algún otro han ido hacia las viejas ciudades castellanas después de Zuloaga. Este culto al pasado, este cariñoso empeño de eternizar en los lienzos los tipos y costumbres y paisajes más característicos de nuestra raza, se debe a Ignacio Zuloaga.

Si Zuloaga viene a España se verá entonces hasta qué punto su

arte es sincero y honrado y cómo el hombre que pinta toreros, brujas, enanos, campesinos de facies brutales o socarronas, muchachas morenas, mendigos, frailes y Cristos medioevales, ciudades viejas, cielos plúmbicos y lejanías áridas, ama a

su patria por encima de todas las cosas y la muestra tal como es, para que sea lo que debe ser.

ooo

En los cuatro lienzos que el maestro vasco expone en el Salón de París está resumida su obra completa. Nunca podríamos hallar reunidas de tal modo todas sus tendencias y todos sus recursos técnicos como en esos cuatro cuadros.

Analicemos brevemente uno por uno y verá el lector confirmadas nuestras afirmaciones.

Toreros de aldea.—En este lienzo Zuloaga fustiga la barbarie taurina. No de un modo acre, doloroso, indignado y colérico, como en su cuadro del Salón anterior *La víctima de la fiesta*, sino serenamente, con esa sencillez y fría dialéctica—séanos permitido el símil—de los hombres que tienen razón. A primer término, sentado uno y de pie los cuatro restantes, cinco torerillos esperan la hora de empezar la corrida en la plaza de una aldea.

Están en plena adolescencia. Sus rotos moceriles expresan la jactancia y el inconsciente valor. A dos de ellos les negrean las pupilas que miran fijas y penetrantes; otro, pálido, flaco, inclina la cabeza melancólicamente. Sobre los cuerpos, que todavía no adquirieron la firmeza hombruna definitiva, caen los trajes—hechos para otros cuerpos—y los capotes con cierto desgaire.

Detrás de ellos se ve la plaza hecha con carros y maderas, cercada de las casas misérrimas del pueblo. Y sobre estas casas las



Los ídolos, cuadro de Vázquez Díaz



Toros españoles, cuadro de F. Planquette



Las costureras, cuadro de L. Giménez



Toreros de aldea, cuadro de Ignacio Zuloaga

ruinas del castillo, la torre de la iglesia y las nubes, preñadas de negruras, que tanto le agrada pintar al maestro. Todo tiene en este cuadro valor de símbolo y es como el prólogo de una tragedia sin las bellezas de las clásicas helénicas; pero más rectilínea, menos evitable del fatalismo de su destino.

Retrato de un cardenal.—No insistiremos mucho sobre este cuadro. Sería peligroso, aun haciendo previa confesión de fe antes de comentarle. Es quizás uno de los más hermosos cuadros de Zuloaga por la riqueza decorativa, por la expresión de las figuras y el clarísimo propósito que le informa.

Tampoco se presenta la religión—tal como en España entienden todavía el catolicismo muchos espíritus de otros siglos—con el aspecto terrible é inquietante de aquel Cristo sangriento rodeado de unas figuras ascéticas y enfermizas.

Esta figura del cardenal recio, enjuto, en áspero contraste del rostro rudo de guerrillero ó campesino, con las suntuosas telas de su hábito y las preases de su alta dignidad, no tiene la menor relación espiritual con la otra del sacerdote joven, humildemente vestido de negro, empalidecido el rostro y ahilado el cuerpo por los ayunos y el estudio.

Tengamos por seguro que una diferencia tan notable, entre ambas figuras, no se logra por casualidad.

La mujer del papagayo.—Entre los pocos, pero admirabilísimos, desnudos de mujer que ha pintado Zuloaga, acaso sea éste uno de los mejores; por lo menos el más representativo.

El pintor se ha emborrachado de colores. Una orgía de ellos parece el cuadro. Diríase que sólo pintó por el placer de pintar, resolviendo problemas de valoraciones y acordes.

Pero pasada esta primera impresión, acostumbrada la mirada al deslumbrador luminismo del lienzo, vemos que el artista ha querido representar con la valentía característica en él, otro de los aspectos de España: la sensualidad.

Una mujer está sentada sobre un sofá cubierto de una tela de orientales brillantes y acritudes coloristas.

Es una moza morena y menuda. Lleva zapatos de charol, mantilla negra de encaje; flores en

el pelo y sostiene con su mano derecha un abanico negro abierto. Detrás de la cabeza hay un cortinón que, descorrido á medias, deja ver como en un foro teatral, la calle de una vieja ciudad castellana. Sobre el respaldo del sofá, mirando á la mujer castellana con sus ojuelos de oro líquido, un papagayo despliega á medias la fiesta luminosa de sus alas y de su cola.

Da este cuadro una sensación pagana y perversa á un tiempo mismo. Es como el alma de ciertas hermanas andaluzas, que aman las joyas, las flores, los perfumes, las hazañas toreras y la indolencia; la indolencia sobre todo. Una indolencia fatal para los hijos que nazcan de sus entrañas.

Retrato de Mauricio Barrés.—Ha sido el que más pronto popularizó la fotografía. Lo han publicado en todas las revistas. No es, sin embargo, lo mejor de Zuloaga; pero tampoco podríamos asegurar, sin grave peligro de falsedad, que sea un cuadro de mediano mérito.

El escritor francés está de pie, recostado en una roca; tiene en la mano izquierda su libro *El Greco ó el secreto de Toledo* y contempla la imperial ciudad.

Nada más. Pero si la figura de Barrés resulta insignificante, no así la ciudad. Es este trozo del lienzo un verdadero prodigio. Acaso no haya en toda la pintura española contemporánea, un artista capaz de interpretar á Toledo como lo ha interpretado Zuloaga en este cuadro.

Es el amor al pasado glorioso de España; la voz de alarma dada en honor de los incalculables tesoros artísticos que guardan nuestras ciudades viejas; es el sendero de una nueva inspiración de melancolías y nostalgias, y al mismo tiempo para despertar dormidas energías de la raza.—SILVIO LAGO



Antes de la corrida, cuadro de Carlos Vázquez

LO QUE FUÉ RETIRADA DE UNA ARTISTA

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

La historia del teatro de España tuvo en 1877 horas felices y adversas; más de las primeras que de las segundas, para bien del arte y buen recuerdo de la lejana fecha á que aludo.

Entre los sucesos tristes, figuró el de la retirada de Elisa Boldún que en plena gloria, con juventud, talento, halagada por el aplauso de todos, desdeñó los oropeles de la escena, buscando las íntimas delicias de un hogar venturoso.

Cuando se supo la decisión de la eminente actriz, fueron múltiples y sincerísimos los clamores de contrariedad. El público sentíase orgulloso de la posesión artística de Elisa Boldún, que unida á Rafael Calvo y á Antonio Vico, formaban la trinidad escénica insuperable entonces y acaso no sustituida en posteriores tiempos.

Eran aquéllos, de renacimiento y de esperanza para nuestra literatura teatral. La Boldún, Calvo, Vico y otros varios actores—que irán saliendo á plaza si Dios quiere y el lector no lo veda—sentíanse animosos porque advertían que el teatro, prescindiendo de sensiblerías y ñoñeces, dejábase influir por talentos poderosos. Aquel año de 1877 fué el del estreno de *O locura ó santidad*, el hermoso drama, al que el tiempo no ha quitado su grandeza fundamental.

Elisa Boldún compartió con Echegaray el inolvidable triunfo. ¡Qué modo de representar el papel de la vieja Juana! ¡Qué expresión en sus gritos íntimos, sobre todo en el final del segundo acto, que produjo en cuantos asistían al estreno una emoción tal vez no igualada en ninguna otra representación dramática!

Las de *O locura ó santidad* fueron admirables. Vico que estaba entonces en toda su pujanza, oía aplausos frenéticos, desempeñando el papel de Don Lorenzo. La fatalidad quiso que el ilustre comediante sufriera una grave indisposición de la garganta, cuando la obra hallábase en su apogeo. ¿Habría que interrumpir las representaciones de *O locura ó santidad*? ¡Imposible! Repentinamente se encargó de sustituir á D. Antonio Vico, Miguel Cepillo, un actor de los más notables que pisaban nuestros escenarios, y con quien nunca fué justo el público, pues jamás puso á su aplauso los extremos que merecía el artista.

Miguel Cepillo igualó á Vico encarnando el famoso Don Lorenzo y siguieron durante muchas noches las ovaciones á Echegaray y á Elisa Boldún; á Antonia Contreras, que empezó á paladear las dulzuras de la fama en aquel memorable periodo; á Antonio Riquelme y Julianito Romea, los dos insignes cómicos que echaron victoriosamente sobre sus hombros la carga de interpretar una escena; la de los loqueros, que tiene dejes de *Shakespeareana*.

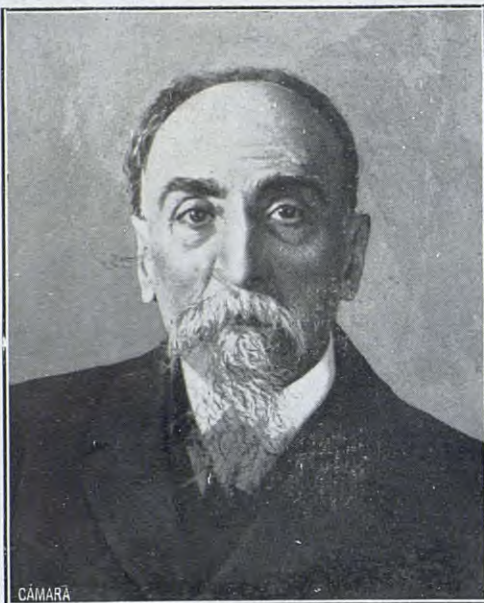
Pues, después de aquel inmenso triunfo de *O locura ó santidad*, no aminorado—hay que decirlo todo—porque después de él sufriese un eclipse el astro de Echegaray, con su drama en dos actos *Para tal culpa tal pena*, Elisa Boldún, al concluir la temporada anunció que se alejaría para siempre del escenario, contrayendo matrimonio con un distinguido señor de Valencia.

Y así fué. Se despidió la artista en una función benéfica; el público la colmó de atenciones; flores, palmadas, gritos de entusiasmo cariñoso; los poetas le dedicaron versos; sus compañeros hicieron alardes de sincera admiración. Elisa recibió el homenaje con entereza y se alejó del triunfo para siempre... Para siempre, sí; porque aún vive en la ciudad del Turia y ojalá sea por muchos años, y nunca prestó oídos á las continuas insinuaciones y á los reiterados requerimientos de los mil que solicitaron de la Boldún su concurso para funciones de caridad ó solemnidades artísticas.

La gran actriz ¿sintió desdén por los aplausos, hastío por su oficio, amor por los dulces reposos de la intimidad? ¡Quién lo sabe! pero positivamente pudo y puede decir con más motivo que el poeta

porque yo, amigo mío,
tengo el honor de despreciar la Gloria.

La retirada de la Boldún fué el gran suceso de aquella temporada y eso que además del magno de *O locura ó santidad*, los hubo muy importantes.



MARCOS ZAPATA

Zorrilla, el inmortal lírico, estrenó *Pilatos*, drama sacro que murió al nacer. ¡Qué duelo produjo al cantor de Granada aquella decepción! ¡Que estén enamorados—pensaba—de ese *Don Juan Tenorio* de mis pecados y que acojan con desdén esta obra, donde he puesto mi alma entera para reflejar la grandeza del sublime drama del Calvario! Positivamente *Pilatos* no parecía de Zorrilla, y la mala suerte que tuvo la obra fué merecida. Las obras teatrales en que se intenta aludir á la Pasión nunca tuvieron buen éxito. Solo aquel *Buen apóstol y mal ladrón* de Hartzenbusch logró al nacer cierto favor, después justamente perdido, porque el drama es en realidad deplorable.

Marcos Zapata estrenó *El solitario de Yuste*, donde hay unas quintillas que se hicieron famosas. También apareció en aquella temporada un autor que había de conquistar con méritos propios, singular nombradía. D. Eugenio Sellés,



LEOPOLDO CANO

hoy Marqués de Gerona, era entonces un periodista joven que escribía muy hermosos artículos. Sintió aficiones por el teatro y llevó al Español un drama en un acto titulado *La torre de Talavera*, que gustó mucho.

También Leopoldo Cano dió en 1877 su primera obra teatral importante, *El más sagrado deber*; tres actos en verso, aludiendo al glorioso alzamiento de 1803.

Una señora, D.^a Elisa Luján de García Dana, estrenó una obra titulada *Ethelgiva*. Aun cuando la obra se aplaudió, su autor renunció por lo visto á los triunfos escénicos, porque si la memoria no me es infiel, *Ethelgiva* no ha tenido hermanos.

Además en aquel periodo nos visitaron dos compañías italianas importantes. Una dramática, dirigida por la Pezzana Gualtieri, que dió á conocer algunas importantes producciones del teatro francés, y otra de opereta, en la que figuraron María Frigerio, artista preciosísima, y Ficara, actor cómico á quien el público de Madrid acogió tan efusivamente, que decidió hacerse español. Pero ¡ay! que las traducciones no suelen tener la misma calurosa acogida que las obras originales.

En el año á que aludo, ni Teodora Lamadrid, ni D. José Valero, que aún vivían, actuaron en Madrid. No faltaron por ello lamentaciones de los periódicos, dolidos de que aquellos prestigiosos nombres continuasen olvidados por las empresas. D. José Valero, aún volvió á trabajar. Teodora Lamadrid, no renovó sus gloriosas campañas artísticas, con lo cual y con la retirada de Elisa Boldún, se produjo á nuestra escena un grave quebranto en el elemento artístico femenino; en el masculino había en aquella sazón exuberancia; estaban en primera línea y como elementos juveniles, Calvo, Vico—¡todavía no reemplazados completamente!—y artistas tan notables como Miguel Cepillo, José Mata y Alfredo Maza.

El público, pues, sentíase satisfecho. El aficionado á la ópera contaba con una larguísima temporada en el Real y con otra en el Príncipe Alfonso, tan importante como la del coliseo regio. ¡Lo que cambian los tiempos! ¡En aquél, lo menos ciento sesenta representaciones de ópera y ahora ochenta y gracias, en todo un año!

Por cierto que en el de 1877 se estrenó *La Estrella del Norte*, de Meyerbeer, y no faltó quien dijera que le parecía imitada de *Catalina*, la zarzuela que en el teatro del mismo nombre se había antes representado.

Nota triste fué la de la muerte de Oudrid, que era de los más gloriosos mantenedores de la música nacional y con él se perdió un buen maestro y por compensación se empezaba á hablar entonces de un joven de grandes esperanzas llamado Ruperto Chapí.

Amargura produjo también en aquellos días saber que Narciso Serra, tullido, viejo, necesitado, estaba á punto de sucumbir... Los periodistas sacamos á plaza su nombre pidiendo para él un destino que otorgó el gobierno de Cánovas, para que no pereciera de hambre el poeta, poco después rendido á sus dolencias é infortunios.

En punto á desagradable, de lo más sonado en aquella época á que me refiero, fué la aparición de Miss Lurline en el Teatro Español. Era su empresario Felipe Ducazal y tuvo la infeliz ocurrencia de contratar á una señora que sumergida en el agua de una colosal pecera, daba en ella señales inequívocas del aguijón de sus pulmones. ¡Miss Lurline alternando con los artistas dramáticos del clásico! ¡Miss Lurline sustituyendo á los personajes creados por Lope, Calderón, Tirso ó Moreto! La irreverencia fué motivo de prolongadas diatribas y de estridentes reclamaciones. El Ayuntamiento tuvo que sufrir acres y justas críticas, pero entonces, como en muchas ocasiones posteriores, se demostró que no resultan bien las cosas cuando no se acomodan á lo que dispone la lógica, y ella nos dice que los Ayuntamientos no existen para velar por la pureza del Arte.

Por la transcripción,
J. FRANCOS RODRÍGUEZ



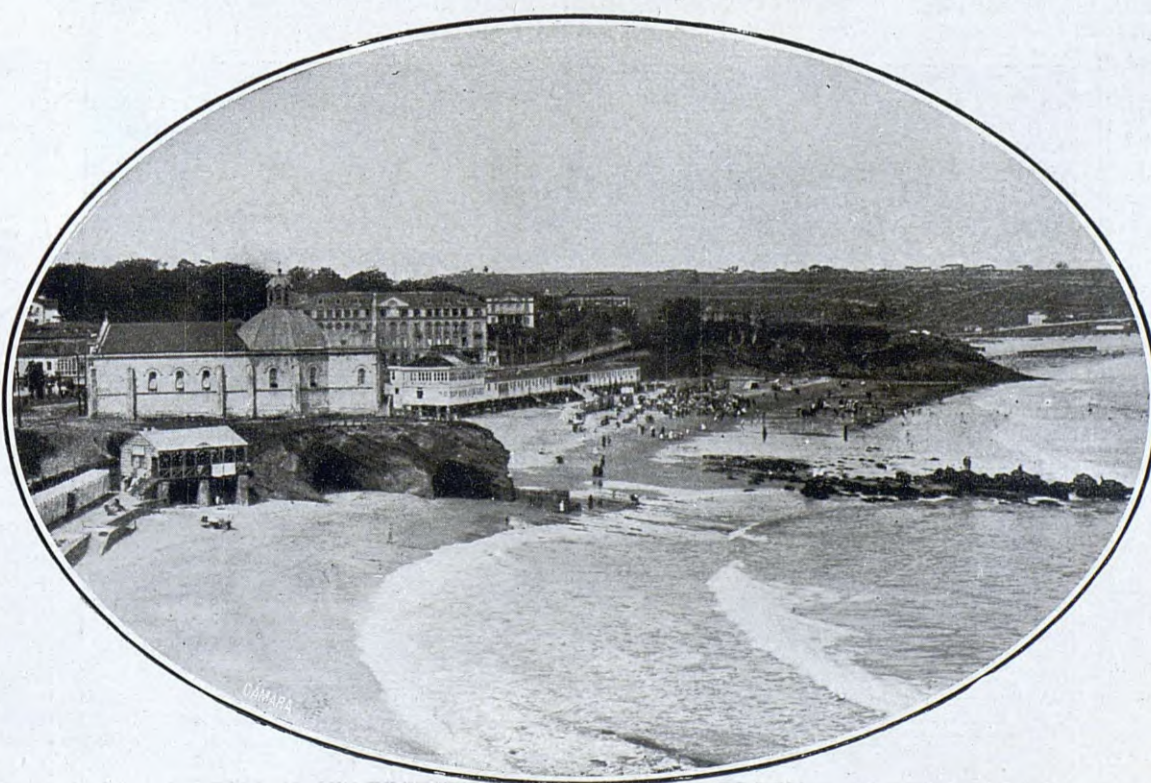
LA PLAYA REAL DEL SARDINERO



Caseta construída en la primera playa del Sardinero para SS. MM. y AA. RR. é inaugurada recientemente por la Real familia FOT. ARAUNA

No puede negarse que la espléndida playa santanderina es la mejor de las costas cantábricas.

Lentamente, sin manifestaciones ostentosas ni exageraciones perjudiciales, ha ido conquistando la preferencia del público y la supremacía á que tiene innegable derecho por sus excelentes condiciones naturales. Estas, avaloradas por la iniciativa ciudadana que llega allí y transforma, arregla y acomoda los ventajosos elementos de que dispone, á las modernas exigencias de la



Vista general de la playa del Sardinero, en Santander

vida actual, explican sobradamente que cada año sea más grande la afluencia de veraneantes y que ofrezca por su animación y su alegría el aspecto sugestivo y encantador de las más famosas playas de moda. La evidente demostración de afecto con que Su Majestad la reina Doña Victoria Eugenia ha honrado á la bella capital de la montaña, escogiéndola para pasar en ella la temporada de vera o, augura un brillante porvenir á la hermosísima playa del Sardinero.

FOT. ASENJO

TIPOS Y COSTUMBRES EXÓTICOS



Indios de la Ciudad Blanca, mandados por el prestigioso jefe "Camisa Roja", visitando la sepultura de "Lobo Solitario" en el cementerio de Brompton

Lobo Solitario fué un prestigioso caudillo indio. Tan valeroso guerrero como hábil mediador, él contribuyó grandemente á que terminase en 1891 la sangrienta y costosa guerra contra los indios *sioux*, emprendida por los yanquis a' mando del general Nelson Miles. Ya viejo y achacososo, durante una visita hecha en 1892 á la Reina Victoria de Inglaterra, que tenía empeño especial en conocerle, murió el fiel aliado de los norteamericanos, sepultándose con arreglo al ritual de su religión en un cementerio de Londres.

Creíasele ya olvidado por su tribu de *pieles rojas*, cuando he aquí que hace po-

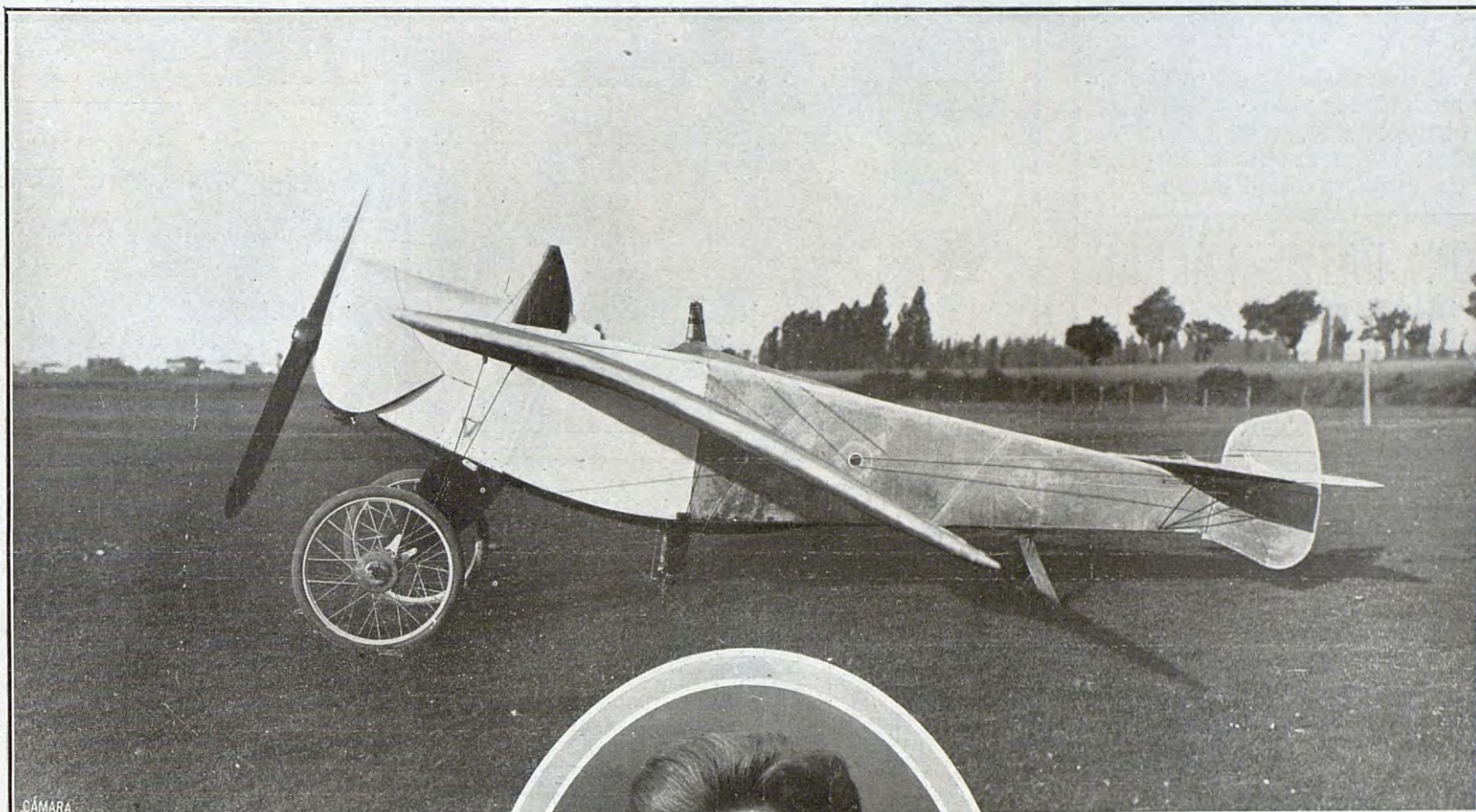


ZANZIBAR.—Mujeres suahelíes con sus trajes típicos y su antifaz de cuero bordado

cos días los londinenses madrugadores vieron sorprendidos por extraña comitiva que cruzaba la calle silenciosamente. Era una misión enviada por la tribu de *Lobo Solitario* desde las apartadas praderas del Oeste norteamericano para rendir un tributo de cariño y de recuerdo al jefe muerto en la lejana tierra europea.

Otra nota exótica en alto grado pintoresca reproduce la plana, y que interesará especialmente á las lectoras, si no desde el punto de vista étnico, desde el de la moda, esta cruel tirana, que lo mismo impera en el corazón de la urbe civilizada que en la más apartada aldea salvaje.

CRÓNICA DEPORTIVA



AEROPLANO ESPAÑOL

De los varios aparatos en estudio, en ensayo, ó en construcción, por inventores españoles, en la actualidad el que ha conseguido más rápido y brillante éxito es el monoplano «Alfaro», que ha volado ya infinitas veces y que ha cruzado sobre Vitoria y sobre Madrid á bastante altura.

Heraclio Alfaro es un piloto muy joven, el más joven de los pilotos españoles. Hizo su aprendizaje en Francia y allí se doctoró. Cuando regresó á España, con su buen título en la cartera, le ocurrió lo que á todos los pilotos aviadores españoles que no tienen aparato: su título era completamente honorífico y no había de servirle para gran cosa de provecho.

Alfaro hizo una estancia en la Escuela Militar de Cuatro Vientos para completar sus estudios de aparatos, efectuados en Francia, con observaciones sobre motores. Y marchó luego á Vitoria, su pueblo, llevando ya en su ánimo el proyecto de construir un aparato nuevo, distinto de los conocidos, el primer aeroplano español.

En aviación actualmente es muy atrevido querer innovar; á tal extremo, que los constructores *vuelven* á las antiguas cosas desterradas.

El aparatito de Alfaro, construido totalmente en Vitoria, con materiales y obreros españoles, está divinamente terminado. Alfaro ha hecho en este aeroplano cosas originales, completamente originales, cuyo resultado está probado ya como excelente.

El aparato «Alfaro» es de un solo



HERACLIO ALFARO

Joven piloto español, inventor del aparato en que realiza sus vuelos

EL AVIADOR ALFARO

asiento y va provisto de un motor Gnome 50 HP. Tiene 15 metros de superficie sustentadora, 9 m. 80 de cruzamen y 5 m. 60 de hélice á cola. Su velocidad aproximada es de 125 kilómetros por hora y su estabilidad longitudinal se obtiene por medio de una cola negativa.

El cuerpo longitudinal es de viga armada, entelado y muy corto.

Las alas tienen una triple aviatara y su ángulo de ataque es ligero. Piloto y motor van lo más cerca posible para disminuir los momentos de inercia del aparato y permitir la reducción de las dimensiones de los timones de dirección y profundidad, muy sensibles.

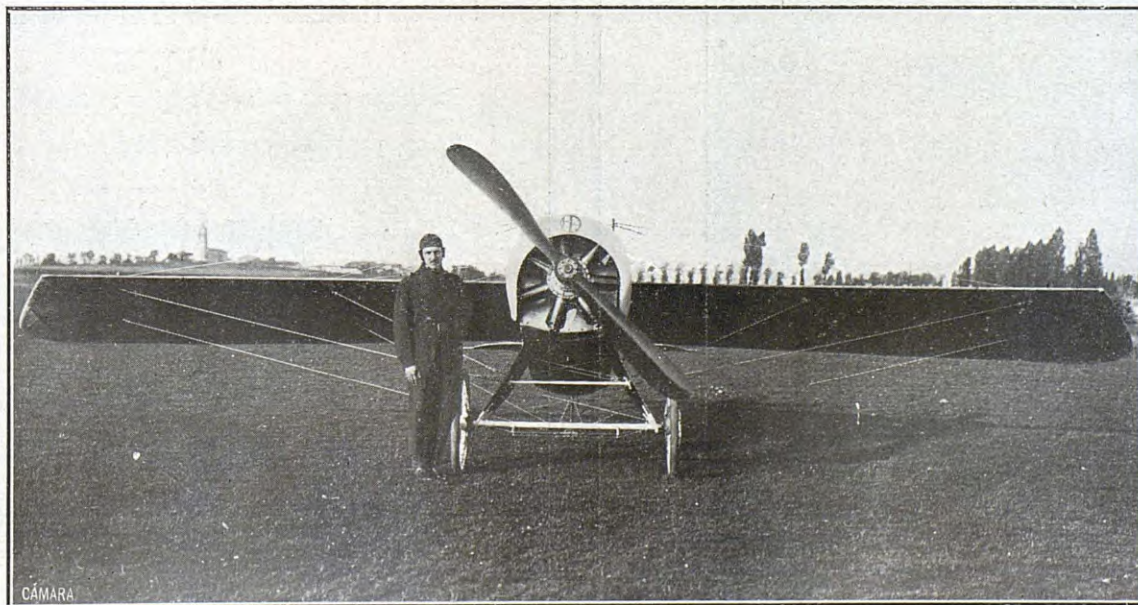
El larguero de las alas es de tubo de acero y los nervios de éstas van montados en forma que permite un facilísimo alabeo.

El tren de aterrizaje, formado por dos vigas de chapa de madera de tulipier, atraviesa el cuerpo del aparato y sirve á la vez de punto de fijación de los tirantes delanteros de las alas.

En sus extremos inferiores están fijadas las ruedas, cuyos bujes son elásticos por medio de unos anillos de goma colocados en su interior que permiten cierta elasticidad vertical y transversal muy conveniente en las tomas de tierra con viento de costado.

El peso aproximado del aparato es de 290 kilogramos y su radio de acción equivale á tres horas de vuelo.

Próximamente será sometido este aparato á pruebas oficiales ante una comisión de la Escuela militar nombrada exprofeso para las mismas.



Heraclio Alfaro, al lado de su monoplano, en el campo de aviación de Vitoria

R. RUÍZ FERRY

MAYOR, núm. 18, entlos.

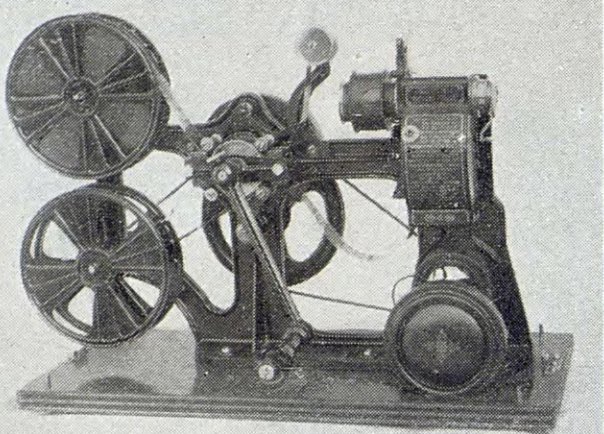
“KOK”

La vida del campo sin distracciones que recuerden la vida de Madrid, se hace insoportable, sobre todo en las veladas. Para evitar el aburrimiento adquiera usted un cinematógrafo

“KOK” PATHÉ FRÈRES

EL QUE MENOS GASTA
EL MÁS ENTRETENIDO

EL MÁS UTIL en las noches de mal tiempo para el gabinete, y en las noches espléndidas de gran calor, para el jardín



Pídanse catálogos. :: Precios fantásticos, inverosímiles por lo reducidos

Películas ininflamables de asuntos interesantísimos y variados

ALQUILERES
Y ABONOS
DE LAS MISMAS

MAYOR, núm. 18, entlos.

K Â U L A K

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

DIABETES - ALBUMINURIA

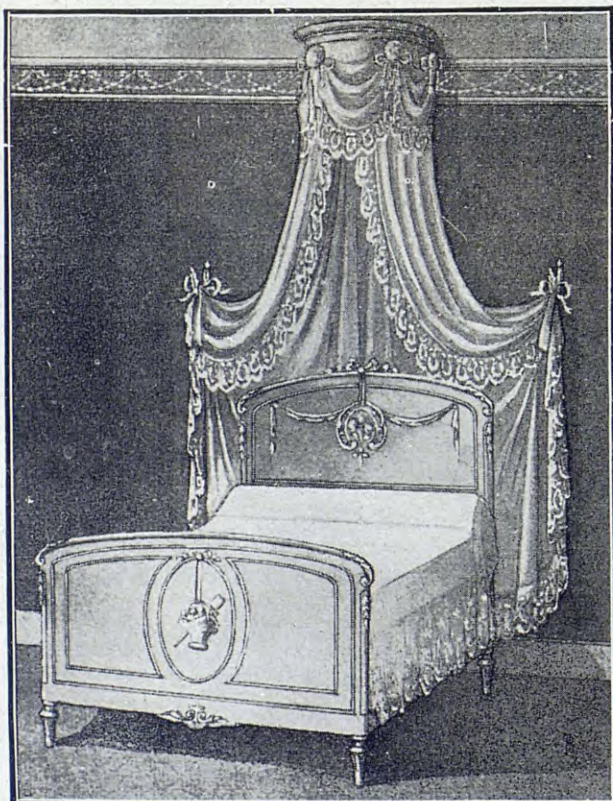
ENFERMEDADES ESPECIALES

EN AMBOS SEXOS, PÉRDIDAS, BLENORRAGIA,

ENFERMEDADES SECRETAS, ALMORRANAS

Curación radical, rápida y sin recaída, por medio de plantas desconocidas, en todos casos, por graves y antiguos que sean. Pidan al mismo autor, el **DOCTOR DAMMAN, 76, RUE DU TRONE, BRUSELAS** (Bélgica), ó á Gayoso, farmacia, Arenal, 2, Madrid, el folleto general **D 25**, ó para las enfermedades secretas el folleto **S 25**, con las pruebas de curaciones efectuadas.

SANTOS RIESCO :: Traslado á PELIGROS, 11 y 13, hasta que terminen :: las obras del nuevo local en la Gran Vía ::



MUEBLES DE LUJO :: Salones :: Gabinetes
Alcobas :: Comedores

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: **Francisco Verdugo Landi** □ Gerente: **Mariano Zavala**

Número suelto: **50 céntimos**

Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 „	Seis meses . . 25 „

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◇ Apartado de Correos, 571 ◇ Dirección telegráfica, Telefónica :: y de cable, Grafimun ◇ Teléfono, 968 ::



VINOLIA

JABÓN LIRIL VIOLETTES DE PARME.

Calma la tez más sensitiva. Su perfume delicado encantarà á todo amante de refinamiento.

LONDON. VINOLIA. PARIS.

V 753

PEELE

GRAN PREMIO
Y MEDALLAS DE ORO
EN LAS
EXPOSICIONES INTERNACIONALES
DE HIGIENE DE PARÍS, LONDÓN
Y GÉNOVA

Los célebres preparados del
sabio dermatólogo alemán

DR. LEHMAN, dan
HERMOSURA JUVENIL ETERNA

Lotion PEELE

al cutis sin pintarlo,
Ptas. 10 frasco y 5,85 medio frasco.

Hierbina PEELE

al cuerpo siendo radio-
activa,
Pesetas, 6, frasco.

Elixir PEELE

al pelo parando su caída
inmediatamente,
Pesetas, 6, frasco.

EAU DE COLOGNE PEELE

la más concentrada, higié-
nica, refrescante,
Ptas. 5,50 la botella.

POLVOS DE ARROZ PEELE

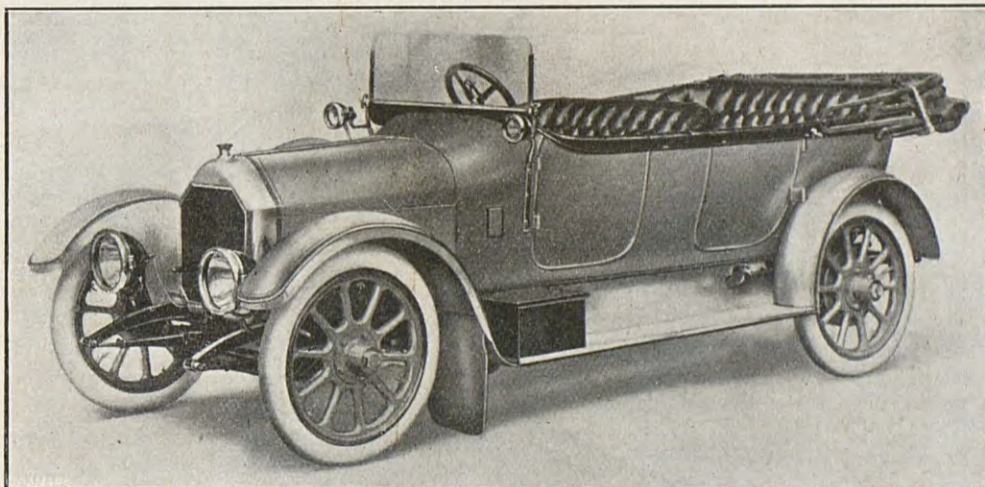
vegetales, completamente
puros,
Pesetas, 5 la caja.

Polvos dentífricos PEELE

dan blancura incompara-
ble conservando el esmal-
te. :: Ptas. 1,85 la caja

De venta en todas las Perfumerías, Farmacias y Droguerías.
Concesionario exclusivo uni-
versal: ERNESTO LOWENSTERN **31, Sagasta, 31-Madrid**

Humber



El motor del coche 14 HP. HUMBER desarrola al freno 37 HP. y este chasis está construido de material inmejorable, sometido á un tratamiento especial resultado del análisis químico de los mismos

ESPECIFICACIÓN: 4 cilindros, motor 75 x 140 mm monoblock, con caja de 4 velocidades, engrase automático por bomba rotativa, embrague de cuero con baño de aceite, transmisión por piñón de ángulo y cardan, ballestaje especial y largo para malas carreteras, 5 ruedas intercambiables de acero patente «Shankey», carrocerie HUMBER con doble entrada torpedó, instalación eléctrica por dinamo C. A. V. puesta en marcha automática y demás accesorios.

PRECIO EN ESPAÑA:
Pesetas 13.250

DELEGACIÓN HUMBER LIMITED
D. Julio Barreras Massó.—Vigo (España)

*Se admiten suscripciones y anun-
cios á este periódico en la*

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

== Venta de números sueltos ==

Representantes exclusivos de esta Revista en la República Argentina

Massip y Comp.^a

Rivadavia, 698, BUENOS AIRES



Jabon

Flores del Campo

Supera al mejor extranjero y ha sido adoptado por el mundo elegante. Su inmenso éxito es consecuencia de sus admirables condiciones para hermo-
sear el cutis.

1,25 la pastilla

Creación
de la
Perfumeria
GRANADA 2-MADRID

Floralia



BARTOLZZI

